

MATIAS RAFIDE BATARCE

**ANDRÉS SABELLA GALVEZ
(1912 - 1989)**

**CUADERNOS
DE LA ACADEMIA CHILENA DE
LA LENGUA
2003**

BIBLIOTECA NACIONAL

Sección Chilena

ubicación 1101(289-391)

Año 2003 - 1

SYS 706757

BIBLIOTECA NACIONAL



1074634

706751

MM/289-391
40)



ANDRÉS SABELLA GALVEZ
(1912-1989)

CUADERNOS
DE LA ACADEMIA CHILENA DE
LA LENGUA
2003

MATIAS RAFIDE BATARCE

ANDRÉS SABELLA GALVEZ
(1912-1989)

CUADERNOS
DE LA ACADEMIA CHILENA DE
LA LENGUA
2003

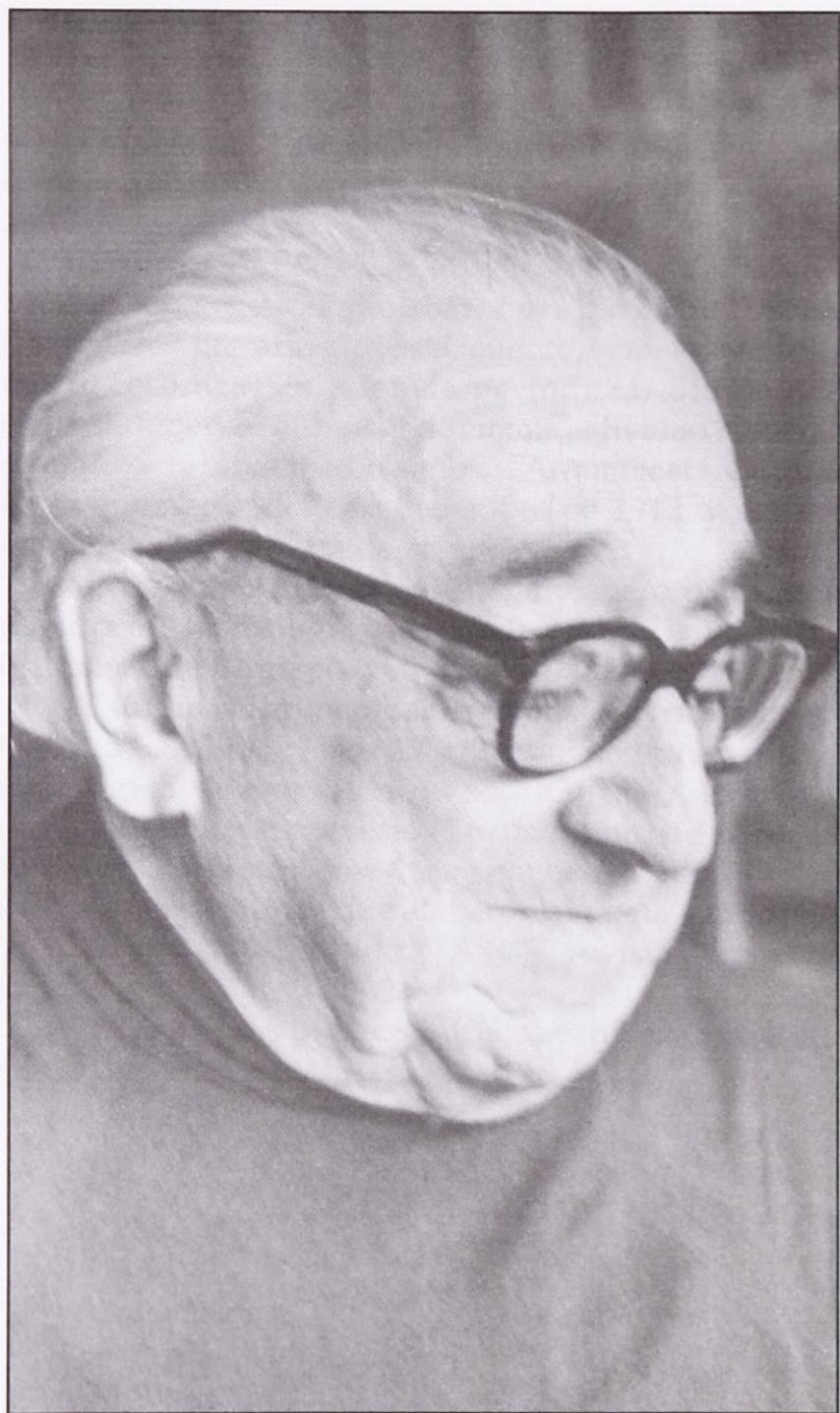
Se terminó de imprimir en
Ediciones Rumbos en el mes
de julio del año 2003.

ANDRÉS SABELLA GALVEZ
(1912-1989)

CUADERNOS
IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE
LA LINGUA
2003

INDICE GENERAL

Semblanza de Andrés Sabella	11
Obras.....	26
Análisis de su poesía	28
Breve análisis de su obra narrativa	39
Sabella ensayista, periodista, crítico	43
Breve Antología poética.....	45
Antología de cuentos	67
Fragmentos de "Norte Grande"	92
Fragmentos de "Semblanza del Norte Chileno" ...	117
Fragmentos de "El Guitarrón de Taguada"	136
Fragmentos de "Chile, Fértil Provincia"	140
Algunas crónicas de A. Sabella	143
Bibliografía	157
Colección "Cuadernos del Centenario" de la Academia Chilena de la Lengua	159
Colección homenajes de la Academia Chilena de la lengua	160



I. SEMBLANZA EMOTIVA DE ANDRÉS SABELLA

Andrés Sabella es uno de los escritores más importantes del Norte Grande, título de una de sus obras y que dio origen a la actual denominación de esa zona geográfica.

Escritor polifacético, dueño de una vastísima producción artística, que abarca prácticamente todos los géneros literarios: poesía, cuento, novela, ensayo, teatro, crónica. Es además periodista, dibujante, charlista ameno e impulsor de cuanta actividad cultural se realizó durante medio siglo en Antofagasta, ciudad en la que nació el 13 de diciembre de 1912, y donde residió la mayor parte de su vida.

Era hijo de Andrés Sabella, un joyero palestino, nacido en Jerusalén, y de doña Carmela Gálvez, originaria de Copiapó.

Estudió las humanidades en el Liceo fiscal y en el Colegio San Luis. A los 17 años publicó una revista antológica de poetas nuevos: "*Carcaj*", de corta duración. En 1930 apareció el primer libro de poemas titulado "*Rumbo Indeciso*", que concitó la admiración de muchos escritores que alabaron al poeta - niño.

Al año siguiente edita "*Antof*", revista de poetas jóvenes.

Ya desde sus poemas iniciales exhibe aciertos en sus imágenes y metáforas.

*"Las casas
parecían una hilera de mendigos".*
(Croquis).

*"Los árboles
eran cohetes de aromas"*
(Motivo).

*“¿Para qué escribirte un poema
si mi vida y tu vida
no tienen secreto?”
(Mujer Ausente).*

En 1932 viaja a Santiago para iniciar sus estudios de Derecho en la Universidad de Chile. Allí tomó contacto con el Grupo “Avance”, en el cual militó hasta su disolución. Dirigió varias revistas: “*Síntesis*” (órgano oficial de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile), “*Barbusse*”, “*Nuestra Juventud*”, “*Mástil*”, etc..

Alterna sus estudios universitarios con la vida literaria. Fue un eterno alumno de leyes. El poeta confesó más de una vez que no tenía prisa en recibirse de abogado, porque su padre le había dicho que cuando esto sucediera, se “moriría de gusto”. Y naturalmente él no quería que su padre se muriera.

Se dice que sus exámenes eran notables. Las respuestas, sumamente ingeniosas, contenían citas de Rimbaud y Lautrémont. Incluso hacían la defensa del mito como elemento de prueba jurídico. Mientras estudia derecho, pausadamente, sirve la ayudantía de dos cátedras: “Derecho del Trabajo” y “Filosofía del Derecho”.

Benjamín Morgado lo conoció durante un viaje en barco de Valparaíso a Antofagasta en 1929.

“Me hice muy amigo de un muchacho gordito, bajo, con cierto aire de revolucionario, de corbata volandera y de chambergo. Por las noches le dedicábamos poemas a la Constelación de Orión y a la hora de almuerzo era obligación llegar con una bella

metáfora de un poeta chileno. Usaba una pipa redonda como su figura".¹

A mediados de 1950 o 1951, concurríamos, en compañía de otros escritores jóvenes, al café IRIS, lugar frecuentado por cierta bohemia literaria y diletante. Entre los asistentes habituales recuerdo a Andrés Sabella, Víctor Castro, Hugo Goldsack, Irma Astorga, Mario Ferrero y un personaje pintoresco, Luis Cerda Barrios, al que algunos habían bautizado como "el poeta Barata". Mención especial merece Stella Díaz Varín, una colorina agresiva y camorrista, de notable talento poético, que alternaba su asistencia entre el café Iris e IL BOSCO.

Vivió muchos años en Santiago en la calle Nueva de Matte, en el barrio Independencia. "Desde allí avanzaba por la calle Bandera en busca de las redacciones de diarios y las peñas literarias de hace 50 años: la fuente de soda Iris y la Librería Nascimento de la calle Ahumada. A veces corría, en las mañanas, en busca de la botella de leche para su hija".

"Bajo su despreocupación de maestro Ciruela, como él mismo se denominó o de proveedor de abalorios de la literatura, había en Sabella un lector acucioso, un erudito siempre en plan de buenas citas y un bohemio más bien contemplativo y glosador de la bohemia, que actor consumado y en riesgo de despeñarse por la trasnochada y el alcohol². Conversador infatigable, la plática fluía de sus labios espontánea y vital, igual que sus poemas, de caprichosa forma. Todo ello nos señala a un hombre de honda raíz

¹ Morgado, Benjamín: "Poetas de mi tiempo". Santiago, 1961. (pp. 111-112).

² Merino Reyes, Luis: "Epitafios y Laureles" (retratos literarios). Arancibia Hnos. Santiago, 1994 (pp. 121 -122 - 123).

imaginista, con absoluto dominio del oficio y magia poéticos.

Fue uno de los más activos colaboradores de Benedicto Chuaqui en el Círculo de Amigos de la Cultura Árabe.

Mario Ferrero estuvo durante muchos años muy cerca de Sabella. En *"Escritores a Trasluz"* nos dice: "Sabella está gordo y erudito. Yo no lo veo desde mis tiempos de vagabundo, cuando juntos fundamos las ediciones "Marsa" y andábamos por las calles en estado angélico, buscando suscriptores para nuestra empresa. El acervo increíble de sus conocimientos, de las más variadas y peregrinas informaciones, lo pude comprobar en cien jornadas bajo la lluvia, sin abrigo, recorriendo incansablemente la ciudad de uno a otro extremo, al azar, como quien busca a un amigo perdido.

De su charla fui aprendiendo buena parte de lo que sé - de lo poco que sé-, diría un pedante disfrazado de modesto. Porque Andrés fue siempre, y seguirá siéndolo, un charlador impenitente, uno de esos charladores profesionales que demoran media hora en recorrer una cuadra, interrumpidos sus pasos por los saludos y las consultas de sus innumerables amigos, sus conocidos, admiradores o detractores encubiertos que desean dejar testimonio de su presencia o hacer venia exagerada, como si saludaran a un político.

En la época en que lo conocí, militábamos en el mismo Partido, vivíamos en el mismo barrio e integrábamos ambos la directiva del Sindicato de Escritores.

Después de mucho meditar, llegamos a la conclusión de que el libro no era el mejor vehículo para llegar a un vasto público. Se confabulaban en su contra los altos costos de la industria gráfica, la escasa

capacidad económica del pueblo, las dificultades de la distribución e, incluso, la frialdad emocional de las comunicaciones indirectas. Para solucionar de golpe todos estos problemas, concluimos por admitir que el único medio honesto de difusión literaria era la tribuna callejera en plazas, parques y jardines.

Al poco tiempo, coincidimos en la apreciación de que el mayor éxito lo obtenían los "canutos", con sus prédicas en serie y los coros en guitarra.

Convinimos, sin embargo, que el próximo domingo actuaríamos cerca de ellos, en forma alternada, sin otro compromiso de su parte que el de no interrumpir nuestra perorata.

En efecto, el día señalado a las tres de la tarde ya estábamos "trabajando" juntos en la Plaza de los Moteros, al otro lado del río Mapocho. Terminaban los "canutos" en su esquina y Andrés se subía a una piedra y leía un poema de Gabriela Mistral o de Pezoa Véliz. De nuevo otra prédica y me tocaba el turno de hablar acerca de Baldomero Lillo y sus cuentos mineros. La cosa iba viento en popa, hasta el día en que Andrés, en la esquina de Franklin con San Diego, tuvo la mala ocurrencia de hacerle un homenaje al vino en los versos de Baudelaire. Los "canutos" creyeron que se trataba de una burla a sus principios y sin decir "agua va" nos agarraron a guitarrazo limpio.

Lejos de amargarnos por este fracaso, continuamos con mayor énfasis nuestro servicio a la cultura, ahora, desde la tribuna de los sindicatos obreros. Y como Andrés tenía fama de bohemio, trasnochador, hablador poco discreto y amigo de todo el mundo, me encomendaron a mí la misión de cuidarlo, de preservarlo de las tentaciones humanas y de evitar, en lo posible, el ornato literario en sus intervenciones políticas.

El resultado de tan absurda misión es obvio: al poco tiempo, en lugar de uno, había dos bohemios en las luchas intelectuales.

Todas las reuniones, manifiestos, planes y controles, los realizábamos en "La Antoñana", un restaurante bailable de la calle Bandera, del que Sabella era una especie de presidente honorario. Allí hicimos casi completa nuestra campaña de la paz y obtuvimos no menos de mil firmas para el famoso llamado de Estocolmo. Los adherentes eran muy extraños: músicos de mala fama, comerciantes ambulantes, niñas mustias, profesores amargos y destartalados y muy de vez en cuando un personaje auténtico que solía caer atrapado en la llama de la noche.

Allí también se estrenaron los grandes éxitos musicales de Andrés Sabella, porque nadie sabe que Andrés, además de escritor, dibujante, pintor, actor, periodista, profesor y conferenciante, escribía canciones, especialmente boleros románticos que el Guatón Zamora estrenaba, en las noches de gala, frente a su orquesta de "La Antoñana".

Los boliches de la calle Bandera eran frecuentados, en ese tiempo, por gente pintoresca y abigarrada. Dipsómanos sin remedio, artistas de mala muerte, estudiantes fracasados, charlatanes, maromeros. Entre ellos, el Mono Flores, que había sido compañero de Andrés en la Escuela de Derecho, y cuya irresistible afición a la bebida lo había conducido a la condición más abyecta. El Mono cuidaba automóviles frente al "Zepelin"; en sus ratos de ocio, que eran frecuentes, oficiaba de lustrabotas. En cuanto nos veía llegar a "La Antoñana" se iba a nuestra mesa y colocaba sus manos en la forma más ostentosa posible; esas manos eran masas de alquitrán o de carbón de piedra,

que habían resistido miles de lustradas sin que se le hubiese ocurrido lavarlas. Una noche llegó allí Carlos Sánder, en compañía de una poetisa muy buena moza; de inmediato reclamó de nuestra amistad con el Mono y el espectáculo macabro que ofrecían sus manos. Andrés, muy a su pesar, habló con Flores y le pidió que no se sentara a nuestra mesa cuando hubiese visitas. El mono se fue triste, pero a la noche siguiente regresó con unos espectaculares guantes patos que le llegaban hasta el codo. Y siguió lustrando con guantes hasta que murió. Lo fuimos a enterrar con Andrés y otros amigos; su pobre ataúd, sin barnizar llevaba encima una corona de flores de papel deshechas por la lluvia. El cortejo era la sombra de la farándula trágica, donde se percibían los estragos de la larga bohemia de un grupo de fantasmas.

No todo era jugera, sin embargo. Sabella poseía una increíble capacidad de trabajo cultural y político. En ocasiones, hablábamos hasta en tres o cuatro locales en el mismo día, siempre bajo el imperativo urgente de la paz, a la que Andrés había agregado el ingrediente mágico de la poesía. La consigna "paz y poesía" recorrió el país en tarjetas de saludo dibujadas a mano o cruzó las fronteras en las cajas de fósforos ilustradas, con que Andrés obsequiaba a sus amigos que partían hacia los cuatro puntos cardinales.

Tanto se repitió nuestra acción en este plano que llegamos a convertirnos en "los tontos de la paz", como nos llamaban en solfa los poetas surrealistas. No obstante, nuestra conducta tenía sus bemoles, ya que en más de una ocasión fuimos a parar a la cárcel; primero, acusados de haber transgredido, como dirigentes del Sindicato de Escritores, la ley de Defensa de la Democracia; luego, bajo la sospecha de estar

relacionados con unas extrañas hienas que aparecieron en los muros del Ministerio de Relaciones Exteriores. En ambos casos fuimos absueltos, sin dejar por ello de ser "hombres peligrosos" para cierto sector de la ciudadanía. El remoquete no dejaba de halagar a Sabella, quien veía en él un nuevo signo de la cábala, un galardón más para su larga historia de aventurero austral de la poesía."³

Sabella decía que su familia era de origen italiano, de Florencia y que desde muy antiguo se habían establecido en Jerusalén.

No sé si tal hecho procedería del tiempo de las cruzadas. Gran parte de las familias católicas en Palestina podrían tener ese origen. Lo cierto es que su padre nació en la Ciudad Santa. En 1991 viajé por primera vez a tierras bíblicas. Por un simple azar me hospedé en el Hotel Gloria, situado dentro de la ciudad amurallada, muy cerca de la Puerta de Jaffa. Al llegar nos recibió en la recepción, una persona muy parecida a Andrés Sabella. Me habló primeramente en italiano y cómo le preguntara si era de esa nacionalidad, me respondió que era árabe. Entonces le pregunté su nombre y me dijo que se llamaba Marcel Sabella. Al conversar más detalladamente, me expresó que era primo hermano de Andrés Sabella. Le mostré un ejemplar del libro *"Escritores chilenos de origen árabe"*, que yo llevaba para unos parientes. Dio un grito de alegría al ver la fotografía. Le sacó fotocopia a las 20 páginas del libro que se refieren a Sabella. Al saber de mi larga y entrañable amistad con el poeta nortino, me abrazó efusivamente y desde ese día sostuvimos numerosas conversaciones en los salones del hotel.

³ Ferrero, Mario: "Escritores a trasluz". Ed. Universitaria. Stgo. 1971 (pp. 64-68)

El parecido físico con Andrés era notable. Marcel es bajo y gordo, incluso se parecen en el modo de caminar. Por ese entonces -1991- tendría unos 65 años y es uno de los administradores del establecimiento. Al año siguiente regresé a Jerusalén y le traje un ejemplar de mi libro. Más tarde le envié, desde El Cairo, dos ejemplares de "*12 poetas chilenos de origen árabe*", uno para él y otro para su sobrino, dueño del hotel, quienes pudieron leer en la edición bilingüe (árabe - español) los poemas y las referencias biográficas sobre Andrés Sabella.

De un día para otro, Sabella dejó Santiago y regresó a su ciudad natal, Antofagasta. La muerte de su padre, lo obligó a hacerse cargo de sus negocios. Pero Andrés no servía para tales menesteres. Mantuvimos un contacto epistolar durante esos años. Cuando fui contratado por la Universidad del Norte para desempeñar funciones docentes y administrativas en 1959 nos volvimos a encontrar. Esta vez en la Perla del Norte. Era la figura cultural más importante en toda la región. En nuestra casa de Avenida Angamos fue huésped frecuente. Él con otros escritores y profesores universitarios organizaron una inolvidable cena en un restaurante cercano a la playa, con motivo de mi matrimonio. Me obsequió una de sus hermosas figuras y unos versos que aún conservo.

Unos meses después en 1960, en fecha muy próxima a la ceremonia religiosa me envió una tarjeta con una silueta de mujer, bellísima, colocando como única dirección: Matías Rafide, Machalí. No sé cuál fue el milagro, pero la esquila llegó a mis manos, a pesar de que en ese pueblo nadie me conocía, salvo la familia de la novia.

En más de una ocasión en Antofagasta compartió

nuestra mesa en compañía de Francisco Dussuel, que fue rector de la Universidad del Norte. Recuerdo que en una oportunidad teníamos que viajar con mi esposa a Santiago y estando ellos invitados a almorzar llegó la hora de ir al aeropuerto y los dejamos como dueños de casa.

Cuál no sería nuestra sorpresa al regreso encontramos la casa ordenada y la loza impecable y colocada en su lugar.

Andrés recibió numerosas distinciones y grados académicos: La I. Municipalidad de Antofagasta le otorgó la condecoración "Caballero del Ancla", en 1953. En 1976 recibió el Premio Regional de Literatura "Carlos Mondaca" de La Serena. La Universidad del Norte le concedió el doctorado Honoris Causa, en 1977. Al año siguiente la Academia Chilena de la Lengua lo designó miembro correspondiente en Antofagasta y en 1980 fue nominado Premio Zonal de Literatura Atacameña.

En 1976 y 1978 su nombre aparecía como el más serio aspirante al Premio Nacional de Literatura. Y en algún caso estuvo a un voto de diferencia en la obtención de tal galardón, que merecía mucho más que otros que lo consiguieron.

Quisiera recordar que en septiembre del año 1961 cuando me disponía a viajar a España e Italia para realizar estudios de especialización literaria y estética, ya se hablaba de la posibilidad de incorporar a Sabella en la planta de profesores de la Universidad del Norte, tema que habíamos conversado tiempo antes con el ex-rector Francisco Dussuel. A quien le confirmé mi opinión favorable por la calidad literaria y humana del gran escritor antofagastino.

Un par de meses antes de viajar, dejé la casa que

yo arrendaba y me hospedé en el hogar de la Sra. Martina, tía del poeta, quien sabiendo de la amistad con su sobrino me atendió en forma preferente.

Poco tiempo después Andrés fue nombrado profesor de la Universidad Católica del Norte, donde ejerció la cátedra de literatura chilena y se convirtió además en Profesor-fundador de la carrera de periodismo en 1967. Durante muchos años contribuyó a formar periodistas cultos e inteligentes quienes han trabajado con eficiencia, sobresaliendo en diversos medios de comunicación en diversas regiones del país.

En 1981 la misma universidad que lo había distinguido con el grado de Doctor Honoris Causa, lo suspendió de sus funciones docentes. Hecho que causó un extraordinario revuelo en la prensa nacional y en los centros intelectuales más ilustrados.

Raúl Morales Álvarez, dice en "Las últimas Noticias" del 10 de marzo de 1981, en su artículo titulado "Andrés Sabella" : "¿Cuál fue, pues, el motivo exacto? Cuando me lo pregunto, aceptándome estremecido por la duda y la sospecha, creo que debe haber sido por la probada postura izquierdista de Sabella, siempre mantenida a corazón abierto y cara descubierta, con honor y dignidad, honestamente, esto es, con ética y estética al mismo tiempo. Rechazo la idea, sin embargo, apenas se me expresa. No puedo concebir una torpe cacería de brujos de este tipo en la alta docencia del país, ni en ningún otro ámbito del quehacer nacional. El izquierdista Sabella no es un violentista ni terrorista".

A fines de 1988 viajé a Arica para participar en un seminario de literatura, organizado por la Universidad de Tarapacá. Mi trabajo se titulaba: "Algunos rasgos nortinos en la poesía de Andrés

Sabella". Aproveché la oportunidad para quedarme un día en Antofagasta a fin de visitar al poeta. Estuve con él toda una tarde y nuestra conversación se prolongó hasta altas horas de la madrugada, primero en su casa de calle Uribe 666 y luego en el Club Social. Mi sorpresa fue gratísima al entregarme un ejemplar de "El Mercurio" de Antofagasta, donde en su columna "Linterna de Papel" de ese día hacía generosas referencias sobre mi obra literaria.

Fue la última vez que lo vi. Un largo abrazo nos separó en aquella madrugada inolvidable.

Al año siguiente, en julio de 1989, apareció mi libro "*Escritores chilenos de origen árabe*", donde la figura principal sin duda era Andrés Sabella: para mostrar su alegría y aceptación del texto, escribió dos artículos elogiosos y chispeantes. Uno publicado en "El Mercurio" de Antofagasta el 30 de julio titulado "Árabes", y otro en "Las Últimas Noticias", con fecha 10 de agosto del mismo año, con el título: "Las Raíces Árabes", que finalizaba así; "El antiguo "todo a cuarenta" es hoy un todo de cuarenta voces chileno-arábigas, en limpia batalla de expresión". Este comentario crítico constituyó uno de sus últimos artículos.

En diciembre de 1988 recibí como saludo de Navidad una carpeta con 12 dibujos suyos, con una afectuosa dedicatoria. Dibujos finos y sugerentes, de temática múltiple. Sabella hizo varias exposiciones en las principales ciudades del país y en Montevideo. "Crea rostros, formas y espacios, como visiones de sueño. Ha honrado la memoria del Aduanero Rousseau y del poeta Apollinaire, con exposiciones inspiradas en ambos artistas. Claude Woehrel señala a propósito

de esta última, que los dibujos de Sabella “se manifiestan maravillosamente personales”.

Waldo Valenzuela, en “La Pintura Antofagastina en la Década del 60” (1982), opina que “Quizás es el único poeta chileno que además del verbo ha utilizado el trazo y el color sistemáticamente como un medio de expresión autónomo, sus imágenes dibujadas parecerían estar suspendidas más que en el blanco del papel, sobre el amplio azul de la bahía que se puebla de banderas, gaviotas, olas, marineros, mujeres y barcos, duras formas de caracoles”.

Enrique Solanich Sotomayor cierra su libro “Dibujo y Grabado en Chile” (1987) con un dibujo suyo. Y lo califica en un artículo, como “el más poeta de los dibujantes”.⁴

Sabella escribe como introducción a los 12 dibujos señalados: “ si quiero una ciudad, la sueño. Y, luego, la escribo o la dibujo. La misma y loca mano es la que trabaja: esta mano condecorada por la tinta, hermana de las herramientas y verdadera estrella de mi cuerpo. Las ciudades que surgen de esta mano son pequeñas, con la medida cabal de una gota de agua. Pero, esta mano puede, también trazar veleros y rostros en los que la luz se recuesta. Es una mano jugadora de sílabas y líneas, duende pícaro que inventa mentiras y va poblando el mundo, con sus imágenes, con sus palabras y dibujos, gozosa de su tarea que rechazarán todas las togas y sensateces.

Cuando el poema se sienta en esta mano, la pobre se enrojece de imposibles. Cuando el dibujo la gobierna,

⁴ Solanich, Enrique: “Las Últimas Noticias”, Santiago, 11-VIII-1988.

siente el placer de los pájaros que descubren que el cielo principia en sus alas y cabe adentro de sus ojos cruzados por una equis de viento.

¡Oh, mano de obrero y de mago! Mano que se abre al Día y a la Noche del papel, instrumento para ganar el pan del poeta, que es el pan de los pobres y los justos.

La muerte, al estrechármela, comprenderá porque pude escribir la biografía de las gaviotas y dibujar el Mar, en cuyo fondo se encuentra Simbad, con un fanal en su diestra, aguardando para conducirme al navío del que no descenderemos jamás”

Andrés ilustró innumerables libros y revistas chilenos con su gracia alada y gentil..

Se cuenta que en 1986 el primer ejemplar de la segunda edición de su libro “*Semblanza del norte chileno*” lo enterró en pleno desierto, ante la presencia de más de un centenar de personas, en una ceremonia nunca antes realizada, a ver si el salitre hacía crecer la cultura.

Hombre vital y exultante, desplegó ilimitados esfuerzos por difundir la cultura, donde quiera que se le solicitaba. A fines de agosto de 1989 fue invitado a dictar conferencias en Iquique. Allí falleció inesperadamente el 26 de ese mes debido a un paro cardíaco. El Norte Grande se vistió de luto. Sus restos fueron trasladados a la Catedral de Iquique y posteriormente a la catedral de Antofagasta, donde todo un pueblo lloró su muerte.

Numerosos homenajes se han sucedido en todas partes, especialmente en su tierra natal. Hoy existe una placa recordatoria en la plaza Petronila Giusti de Antofagasta, una de las principales calles fue bautizada como Avenida Andrés Sabella.

19 El auditorio de la Universidad Católica del Norte lleva su nombre, igual que uno de los salones del Hotel Antofagasta.

Se ha creado la Corporación Cultural Andrés Sabella, destinada a guardar su memoria y a difundir su obra. En el Museo Antropológico de la Universidad Arturo Prat de Iquique una de sus dependencias se denomina Sala Andrés Sabella.

A las pocas semanas de su desaparecimiento. El Instituto Chileno - Árabe de Cultura de Santiago le rindió un emotivo homenaje. Tuve el honor de haber sido designado para tal ceremonia, realizada en la Corporación Educacional Pedro Aguirre Cerda. Antes de iniciarse el acto me fue entregado un telegrama de su viuda Elba Emilia, en que me decía: "Esta noche el espíritu de Andrés estará entre nosotros".

II.- OBRAS

1. " *Rumbo Indeciso*", poemas. Nascimento, 1930.
2. " *Biografía de la Llaga*", novelina, 1935.
3. " *Gómez Rojas: Realidad y Símbolo*". Ed. Federación de Estudiantes de la U. de Chile, 1937.
4. " *La Sangre y sus Estatuas*", poemas. (Prólogo de Ángel Cruchaga Santa María), 1940
5. " *Crónica Mínima de una Gran Poesía*", Nascimento, 1941.
6. " *Vecindario de Palomas*", poemas. Nascimento, 1941.
7. " *Los Viajeros Opuestos*" (Pretexto para la poesía). Nascimento, 1943
8. " *Norte Grande*" (Novela del salitre). Ed. Orbe, 1944 (Ediciones de 1955 y 1958, en Buenos Aires.)
9. " *Chile, Fértil Provincia*" (lectura para niños chilenos). Zig-zag., 1946.
10. " *Sobre la Biblia un Pan Duro*" (Cuentos). Colección "La Honda", 1946.
11. " *Centenario de J. K. Huysmans*" (Ensayo). Ed. Universitaria, 1948.
12. " *Martín Gala*" (Poemas), Marsa, 1952.
13. " *El Caballo en mi Mano*" (poemas). Marsa, 1953
14. " *Pueblo del Salar Grande*" (poemas), 1954.
15. " *La Estrella del Hombre*" (Cuentos) . Mar del Norte, 1954.
16. " *Semblanza del Norte Chileno*". Ed. Universitaria, 1955
17. " *Poemas de la Ciudad Donde el Sol Canta Desnudo*" (poemas). Colecciones "Hacia", 1962. (Ed. 1963)
18. " *Retratos Quiméricos*" (poemas) (Prólogo de Augusto D'Halmar). Separata de la revista "Mapocho", 1962.

19. "*Canciones para que el Mar Juegue con Nosotros*" (poemas), Ed. Universitaria, 1965.
20. "*Hombre de Cuatro Rumbos*" (Antología del Norte Grande). Orbe, 1966(Ed. 1978)
21. "*Altacopa*" (Libro-disco. Ed. Universitaria, 1970 (Música de Gustavo Becerra. Canta Hans Stein).
22. "*Célula Cristo*" (Cuentos). Pineda Libros, 1972.
23. "*Un Niño Más el Mar*" (Antología). Ed. Nueva Universidad. Universidad Católica de Chile, 1972 (Esta antología trae dos libros inéditos: "Infancia de cinco estrellas" y "El azar de la veleta").
24. "*Dura Lanza*" (Antología). Pineda libros, 1973.
25. "*Historias para el Relámpago*" (Prólogo de Jean Aristeguieta) Ed. "Árbol de Fuego", Caracas, 1977
26. "*Juan Marín y la Nueva Generación*" (Ensayo), 1973
27. "*El Mar Tiene Veinte Años*" (Antología). Nascimento, 1978.
28. "*La Paloma de Cemento*". Colecciones "Hacia", 1978 (Ed. 1979).
29. "*Tú no Tienes Fin*" (poemas). Ed. Editorial Periodística "Emisión" Ltda. (Con la colaboración de la Academia de Humanismo Cristiano"), 1981.
30. "*Cetro de Bufón*" (poemas), 1984.
31. "*A las Puertas del Alba*" (poesía), 1987.
32. "*Historias de la Pampa Salitrera*", 1988.
33. "*La Luna era Redonda*", poemas, 1989.

III. SABELLA POETA

Como poeta exhibe una larga y sostenida trayectoria. Tal vez su faceta más importante. Este hombre extraordinario considera que la verdadera miseria consiste en no tener un verso en los bolsillos.

Para Andrés, la palabra es "la vida". "Por la palabra existo y soy hombre en servicio de amor y paz". En otro texto dice: "La poesía es el traje de domingo de las palabras", lo que refleja con absoluta claridad la alta estima y dignidad con que concibe el oficio poético. De ahí la constante preocupación por la imagen y la metáfora.

Sus fuentes son vastas y universales. Admira a Francois Villon, Charles Baudelaire, Corbière, entre los franceses; Rubén Darío, Julio Herrera y Reissig, Eguren, César Vallejo, entre los hispanoamericanos; Antonio y Manuel Machado, entre los españoles; Pablo Neruda y Gabriela Mistral, entre los chilenos y a un personaje con mucho de leyenda, la Condesa de Noailles, entre otros.

Es posible distinguir varias líneas temáticas en su lírica: Una, donde se advierte el influjo del Oriente Medio. Su origen árabe se muestra palmariamente, visible sobre todo en cierta opulencia verbal, en una imaginación desbordante, junto a una suave melancolía ancestral, muy propia de la poesía del Levante.

No hay que olvidar que una sección poética titulada "Cielos de Belén", presenta poemas que tienen como telón de fondo, la Tierra Santa, puesto que se refieren a Jesús. Por otra parte tiene algunas poesías y prosas poéticas que hacen una explícita referencia a su padre y a Jerusalén.

Sabella recuerda a su progenitor, con admiración

y nostalgia. “Tenía mi padre una vista panorámica de Jerusalén. La contemplaba cada mañana, como si de allí recogiese las energías suficientes para sus labores. Frecuentemente, me conducía ante la vasta fotografía para indicarme, por sus cúpulas, las iglesias sobresalientes de la viejísima ciudad y para recordarme que por esas calles anduvo jugando su infancia. “Hijo – me decía – tú eres, un poco, de allá, advirtiéndome con estas palabras una responsabilidad de sangre: la de guardar a Jerusalén en el corazón”.

Sus rasgos nortinos son también evidentes. Andrés Sabella “nortiniza”, así como yo “ensurezco”, expresa Pablo Neruda. Éste llamaba afectuosamente a Sabella, “Andrefagasta”. Su amor por el mar y Antofagasta son indiscutibles; “Sería feliz si viviera en un viejo cascarón a orillas del mar, con un puente que me llevara y me trajera a tierra. Un barco donde yo pudiera escribir todo lo que deseo y que día a día descubro en una rosa, en un poema de Baudelaire, en mis gaviotas de Antofagasta”. En otra página afirma: “Soy el pirata más feliz cuando puedo abrazar al mar, en la costa de Iquique, Antofagasta, Tocopilla, Taltal...”.

Sabella fue hermano de la Costa, “una organización simbólica de navegantes de tierra firme, caballeros templarios del buen corazón, venidos al mundo como herederos de aquellos otros que se jugaron la vida en la aventura clandestina del mar. No creo que Sabella haya sabido siquiera nadar. Pero le gustaba disfrazarse de pirata.”⁵ Una de sus obras más significativas es “*Hombre de Cuatro Rumbos*”, textos que

⁵ Sánchez Latorre, Luis: “*Memorabilia*”, Ed. Lom. Santiago 2000, p. 300.

comprenden poemas y prosas de 1942 a 1972, en la segunda edición de *Nascimento*, 1978. En dicho volumen, el autor recoge, con fidelidad y añoranza, a la vez, los espacios perdidos: el mundo de los pioneros que amasaron grandes fortunas, la explotación del mineral, las viejas leyendas salitreras, el carácter fantasmal del desierto de Atacama, etcétera. De igual forma recuerda, con admiración, a los viejos líderes obreros, las luchas por alcanzar sitios más dignos de libertad y justicia.

Tal vez uno de los poemas más notables de *"Hombre de Cuatro Rumbos"* sea "Elegía por unas botas mineras".

*No sé cuándo las vi,
Ni en qué sombras
De la casa.*

*Venían,
Tal vez, conmigo,
Caminando desde el tiempo*

*Olían a polvo de cien años,
A sudor,
A viejos soles.*

*Yo las tenía.
Pensaba*

*Que, súbitamente,
Avanzaría una canilla
Para llenarla con su frío;*

*Y luego
La carne
Y las hambres de camino.*

*¿Cuál era su historia
de riscos y arenales?
¿Corrieron alicantos
con mi abuelo?*

*Acaso
De noche
Trajinasen los recuerdos,
Vagaron por el pueblo
elevando a las estrellas.*

*Aún tiemblo,
Recordando
Su color de mieles muertas,
Su estar de cántaros
Para guardar la sombra.*

*Un día
Lentamente,
Escaparon solas,
Como si la nostalgia las calzara.
(p.93).*

Las Botas alcanzan la categoría de símbolo existencial. La vida que camina entre lunas y soles de los tiempos. Así aparece de pronto con la imposibilidad de retener fechas o nombres. "No sé cuándo las vi / ni en qué sombras / de la casa". Reflejan ciertamente la condición humana: la de ser transeúntes. Ellas vienen con nosotros desde siempre, atraviesan caminos

inabarcables: "polvo de cien años" y revelan esfuerzo y sufrimiento: "sudor", pero también encierran la calidez de las cosas amadas, "viejos soles".

Ellas calzan las inquietudes del ser humano, sus imperiosas necesidades cotidianas: el frío, la sed, el hambre del camino. Su andar es lento y fatigoso, en su trepar por riscos y arenales.

Las Botas representan la historia de todos los mortales que recorren la noche y la soledad. El hombre, habitante de sueños y cielos desconocidos, intenta alcanzar las estrellas en un vuelo fantástico. Por eso, pese a la precariedad del mundo y de las cosas, el hablante se regocija recordando el pasado esplendoroso, los ideales juveniles, el sabor de cántaros frescos y mieles delirantes.

La sombra, símbolo de protección, en el poema, produce un íntimo estremecimiento en el poeta, cuando evoca los días gozosos "de su estar de cántaros /para guardar la sombra"; es decir, el pasado feliz, la plenitud existencial.

Pero siempre llega un día - situación insoslayable de la condición humana - en que la vida se escapa, los sueños huyen hacia la nada o el olvido, y las alegrías y esperanzas se alejan en busca de otros horizontes: "Un día, /lentamente /escaparon solas /como si la nostalgia las calzara".

El autor emplea, con frecuencia, la personificación, antiguo recurso literario que contribuye a dar vida a los elementos vinculados con el ayer, de ese modo este procedimiento contribuye a revivir certeramente otros tiempos, otros lugares, ya casi olvidados.

Todas las figuras estilísticas: aliteraciones, hipérbatos, reiteraciones, elipsis, encabalgamientos,

sinestesias, epítetos, etcétera, conforman una atmósfera poética de ritmo ágil. Dicha cadencia leve da la sensación de un viaje inmemorial. De ahí la presencia de las metáforas y demás formas que indican temporalidad: "viejos soles", "polvo de cien años", "historia de riscos y arenales", que confieren un tono de nostalgia y de vaguedad, insinuando espacios inasibles e imprecisos como la vida misma.

En "*Hombre de Cuatro Rumbos*" existen numerosas cualidades reales: geográficas, botánicas, históricas, ambientales y otras referidas a ciudades y villorrios, que reafirman la preocupación por el norte chileno.

El ciclo de poesía infantil de Sabella es también muy importante. Abarca obras como: "*Martín Gala*", "*El Caballo en mi Mano*", "*Canciones para que el Mar Juegue con Nosotros*" y "*Un Niño Más el Mar*".

Gabriela Mistral, en una carta al escritor, le expresaba: "leí y celebré en muchas partes sus poemas para niños, agradeciéndole a cada paso el que se haya acordado de ellos y el que no trabaje solamente para los grandes. Y le he agradecido haber puesto una infinidad de poesía de metáforas y de amor palpable en un libro pequeño y generoso a la vez".

En "*Canciones para que el Mar Juegue con Nosotros*", el mar y los demás elementos de la naturaleza adquieren un aire lúdico y amable. Es porque el hablante lírico se siente conmovido por el espectáculo del mundo y el canto nace entonces suave, pleno de lirismo, incontenible y vital.

*"¡Yo soy el juglar
por quien las montañas
cambian de lugar!*

*Rey de las Patrañas
Y del Malabar,
Guardo en las castañas
Mi centro lunar.*

*Yo soy el juglar
En cuyas pestañas
Se desnuda el mar”.*

Con naturalidad, casi al azar, cobran nuevo sentido: palomas, nubes, campanas, notarios, canguros, juglares, duendes, castillos, sirenas, el viento...

*“Maese Juan Zorro
se burla del viento:
contándole un cuento
lo esconde en su gorro.
Se para el molino,
Duerme la bandera,
La nube quisiera
Seguir el camino...*

*Lamento a lamento,
La veleta oficia
Tan grave noticia:
¡se ha perdido el viento!*

*De los palomares
Sale un llanto largo.
El cielo está amargo.
El mar llora a mares.”
(pp.29 y 30, “Tercera fábula boba”).*

Utiliza, en esta modalidad, el verso corto, diáfano y ágil. Muy adecuado para despertar hondas resonancias en el alma infantil.

Pero sus poemas para niños interesan también a los adultos, porque poseen magia, ingenio y una inmensa ternura.

Hay en ellos gracia y colorido, eufonía y pulcritud verbal.

*“Fecha viva,
la gacela,
fugitiva,
se desvela.*

*Salta días
Sin orillas,
Lejanías
Amarillas.*

*Dice el viento:
-¡Ven conmigo!
De tu aliento
Soy mendigo.*

(fragmento de “Corranda de la Gacela”
(p. 21).

La preocupación social se manifiesta en forma clara y sostenida en la obra sabelliana. En “*A las Puertas del Alba*”, se le ve conjugando, auténticamente, su conocido lema “Paz y Poesía”. Denuncia, con valentía y fuerza, sin caer en ideologismos extrapoéticos, la tortura y la injusticia. En “*El Cristo de los Mendrugos*” y “*Soneto Oscuro*” hay tanto dolor aprisionado, tanto

verso llagado por la muerte. Sin embargo, más allá de la áspera furia, de la guerra, del odio, el poeta divisa un ardoroso horizonte de paz y de esperanza.

*“Aquí del hombre hicieron un escombros.
Colmena serás tú, sitio del canto,
El nido de la próxima ternura”.*

“En el Cristo de los Mendrugos” hay, sin duda, confianza, en un futuro mejor. No en vano a fines de 1988, en una larga conversación en Antofagasta, me dijo que había vuelto a la fe de sus mayores. Pero por delicadeza hacia sus camaradas que habían sufrido el rigor de la tiranía, no quería hacerlo público, para que no pareciese que los había abandonado.

La preocupación social, la lucha por los derechos humanos, el claro imperativo de justicia, de libertad y fraternidad aparece conjugando amores y dolores por las gentes del Norte, en especial por los humildes y desprotegidos, como asimismo con aquellos que han sufrido la persecución, el tormento y la muerte, en tiempos de la dictadura, sobre todo en sus libros “Altacopa”, “Tú no Tienes Fin”, “Cetro de Bufón” y “A las Puertas del Alba”.

En estos y otros textos se advierte también su sentido religioso, que en ocasiones va en la misma dirección de su inquietud social y en otras, con su fervor metafísico y existencial.

*“El Cristo de los Mendrugos
tiene el cuerpo de pan duro.
Cristo vestido de fuego,
Con nimbo de frutos secos.”*

*El Cristo de los Mendrugos
Llora en los platos desnudos.*

*Cristo en los filos del Verbo,
Cuyo Gólgota es el viento.*

*El Cristo de los Mendrugos
Construye con Su madero
La mesa de los hambrientos”.*

(“El Cristo de los Mendrugos”)

Otro de los motivos de su obra lírica es aquel que tiene un sentido metafísico y existencial. Seguramente su poesía menos divulgada. El poeta es un altivo caminante de nubes y desiertos, hermano de la pampa y del cielo que se deshace en máscaras.

El corazón del poeta siente que los días resquebrajan los espejos y la muerte nos saluda en cada madrugada. Por eso exclama, con profundidad y belleza:

*“El tren brama
Es el tren que no veré jamás
Y de cuyas ventanas me saludan los muertos
de esa madrugada”.*

En “A una casa” sentimos la fragilidad del existir terrestre. El hombre advierte que las cosas son más perdurables que la vida misma. Se enfrentan dos realidades y dos tiempos: la casa, refugio del hombre y la fugacidad de la existencia humana. Otorgando al poema una atmósfera de tristeza y precariedad.

“Tú estabas cuando yo no era.

Tú estarás cuando yo no sea.

*Pregunto a tus ventanas por el sol de los que
Murieron*

Otros preguntarán por mí.

Escribo mi nombre en tus murallas:

¿lo borrará una mano, lo borrarán los días?

IV. SABELLA NARRADOR

Andrés Sabella es al mismo tiempo un excelente prosista. Su novela "*Norte Grande*" (subtitulada: novela del salitre) constituye la primera gran novela de la pampa salitrera. El autor ha dicho al respecto: en "*Norte Grande*" he querido resolver una forma nueva de novela, violando todos los límites y entroncándola al poema, al ensayo, a la historia y al símbolo, sin otra unidad que la cronología".

Mi propósito fue contar todo el norte de Chile, toda la historia bravía que había entonces, desde 1866, época de la fundación de Antofagasta, hasta 1936, la época de los grandes combates obreros en las calles".

"*Norte Grande*" - es la novela del salitre. No existe en la obra un personaje central que conduzca al lector. Los capítulos, dispuestos con un fluir cronológico insinuado, no presentan nexos visibles. Dispersos a lo largo del libro, los hombres del salitre nos hacen presente su inquietud sexual. Abundan las escenas yuxtapuestas. Estamos frente a un personaje colectivo, nebuloso, en consecuencia. "*Norte Grande*", por su contenido humano, por su clima social, es una obra que enlaza sus nervios con el realismo combativo. En su estilo se dan, acordes, visión concreta y el arabesco poético"⁶.

No cabe duda de que tiene mucho de prosa lírica, pero también de epopeya. Contiene elementos de historia y de tragedia. Advertimos en el transcurso de la narración, personajes que nacen y desaparecen.

⁶ Mengod, Vicente: "*Historia de la literatura chilena*" Ed. Zig. Zag, Santiago, 1967. (p. 104).

Todos, sin embargo, conforman una vida humana, una imagen total, un protagonista que es la actividad de hombres y mujeres en el escenario baldío de la pampa. En ella vemos el nacimiento de las ideas sociales, las luchas de los obreros, huelgas, masacres y bajas, y, al mismo tiempo, aparecen espíritus dignos que fueron la simiente del porvenir de esa región.

El narrador nos habla del pimiento, el árbol noble y generoso, fiel compañero del hombre. Nos descubre la vida del cateador, del pampino en la Guerra del Pacífico. Por eso se dice que "Norte Grande" es historia y novela, documento y poesía a la vez. Es, como alguien la definiera, la maravilla desolada del desierto con jirones de luchas y hechos vitales.

Esta obra representa fielmente la faceta combativa e ideológica del autor. Es evidente que pertenece al realismo social, no obstante cierto lenguaje metafórico y la indudable presencia poética que allí se encuentra. Es su única novela y la primera edición data de 1944. La cuarta trae una hermosa portada de Nemesio Antúnez (1982).

Ello explica que no haya perdido su vigencia ni su importancia.

"Y la importancia de este libro es que narra la historia del salitre, vista desde la óptica de un escritor nortino. De alguien que ha conocido las oficinas, los calicheros, el mundo y el submundo de los que han hecho posible su extracción. Fue amigo de ellos y en algún sentido fue también actor. Conoce en plenitud todos los bordes de aquellos seres cuyas vidas han estado marcadas, muchas veces, por el trabajo duro y mal remunerado, además por el infortunio.

Sabella conoce la pampa palmo a palmo y la historia de cada una de sus oficinas y la describe de

manera descarnada. También está presente es esta novela la brava mujer chilena, aquella que no retrocede ante nada. Sin embargo, el narrador no se puede desprender en su prosa de su calidad de poeta, haciendo que ésta, a veces, pierda su consistencia esquemática, lo que en ningún caso desmerece su calidad. Se deja llevar por las imágenes acaso porque las visiones del norte grande sean del todo diferentes de las que tenemos los que vivimos en el valle central. El desierto es fuerte y también ha hecho fuerte a los hombres que han intentado hurgar en sus entrañas.

El libro "Norte Grande" está constituido por capítulos breves, armados en forma de crónicas, movilizándolo al lector a una lectura rápida y ágil, además de entretenida.

Obra notable, en que las pasiones humanas, las injusticias, los actos heroicos y la virilidad de nuestros mineros están retratados a la perfección"⁷

Como cuentista, Andrés Sabella posee, entre otras narraciones breves, un libro imaginativo, poético, original, titulado "Sobre la Biblia un Pan Duro", donde "toma de la vida hechos amargos, dramáticos cuadros, que no dejan de existir a pesar de los años, y de la evolución económica y político-social. El "Cielo Colorado" presenta la existencia triste y el desamparo en que se encuentra una parte de nuestro pueblo. Y como contraste señala la opulencia y la felicidad de otros".⁸

Algunos de los cuentos ostentan temas bíblicos o religiosos, como el libro señalado y "Célula Cristo",

⁷ "Arte y Cultura". "Norte Grande", clásico de Andrés Sabella. s/f.

⁸ Santana, Francisco: "La nueva generación de prosistas chilenos" Ed. Nascimento. Santiago 1949 (p. 30)

otros evidencian la preocupación por los niños además de su interés indiscutible por los problemas sociales.

V. SABELLA PERIODISTA

Su labor en el periodismo chileno ha sido fructífera e imponderable. Durante más de medio siglo escribió en diarios y revistas del país y, a veces, del extranjero. Sus crónicas sobre el acontecer cotidiano exhiben finos matices psicológicos y una leve ironía, rasgos que forjaron un estilo fino, coloquial, con notas amables, no exentas de poesía.

Colaboró en la revista "VEA", en "Las Últimas Noticias", en "El Mercurio" y "La Estrella" de Antofagasta y en las revistas "Hoy" y "Análisis" de Santiago, además de otros medios de comunicación social.

Las columnas sabellianas alternaban los sucesos del diario vivir con la crítica literaria, siempre generosa, entusiasta y optimista.

A ello debemos agregar la creación de su revista "HACIA", que financiaba las más de las veces de su propio peculio. Revista de Poesía, iniciada en 1933 duró hasta 1935 en la primera época. A partir de 1955 estas colecciones de poesía se reiniciaron hasta la muerte de su creador en 1989.

La edición no se vendía; se regalaba, circulando por todo el país, América y Europa, como un mensaje de Paz y Poesía.

Tenía como lema: La Tierra, El Hombre, La Poesía.

En la contraportada exhibía ciertas frases significativas: "Hacia la Tierra, madura de paz y abundancia", "Hacia el hombre, jubilosamente libre", "Hacia la Poesía, en hermandad con la justicia."

Además aparecían dos citas de personajes favoritos del poeta: "Acaben los ecos, empiecen las

voces" de Antonio Machado y "La poesía vive de honra" de José Martí.

Careció de ayudas oficiales. Su lema era el siguiente: "Ni Cristo ni la Poesía se venden".

"HACIA" sobrepasó con creces los cien números, llegando a ser una de las revistas más perdurables en la historia cultural de Chile.

BREVE ANTOLOGIA POETICA

POEMAS

*La mañana
Iba con el buzo
A sumergirse.*

(“El mar a mi costado”).

*Túnel:
Puente entre
Dos auroras.*

(Hai - Kais).

*Este sauce
Es el abuelo de mi calle.
Tiene la edad
del primer llanto
de mi madre.*

(Las 5 vocales del agua).

*Los soldaditos
Muelen la mañana
En un tambor.*

(Las maniobras).

*Ah si tuviera
una hermana*

*la traería una tarde
para adornar su pieza
y un rruiseñor
para la soledad primera.*

(Sangre desolada).

*Ay, el canario con alma de aserrín.
Si lograra cantar una vez siquiera
la aurora entraría al mundo
por la puerta de mi casa.*

(Zoológico de bolsillo)

(de "Vecindario de palomas")

DISPUTA Y CONSECUENCIA

*¿Qué llevan en la espalda
los jorobaditos?*

*Un mundo
En cuyos polos
Hay una puerta
con tres centinelas.*

*No.
Frutas para el invierno.
Tampoco.*

*Su novia muerta.
¡Cómo os equivocáis!*

*El jorobadito
Es un contrabandista
De tréboles de cuatro hojas.*

ANTOFAGASTA

*Antofagasta principia en una huella
Donde el sol fue la vívida simiente:
Antofagasta guarda entre su frente
Levadura de océanos y estrella.*

*Lar de sangre y sudores en querella,
De la ambición del hombre es confidente:
Todo aquí tiene pulso de torrente,
¡su historia, como un cántico, destella!*

*¡Oh, Ciudad del Reloj de los ingleses,
del Ancla augusta y La Portada recia,
rotunda de metales y de peces!*

*Eres un nido lleno de futuro:
Te ama el viento, la vastedad te aprecia,
Porque en ti lo esencial está maduro!*

(De "El Salar Grande")

MOMIAS DE CHIU CHIU

*Sentadas encima de vuestra muerte,
Tan oscuras,
Flacas
Flaquísimas,
Sonrientes por la cosquilla de los vientos,
Clavando el día en el filo de vuestras rodillas,
Formáis tertulia desolada.*

*Como un plato caliente de sopas de oro,
El sol va quemando vuestra boca.
En medio de vosotras el espejismo lloraría.
Entendéis el arrullo de las palomas de arena,
Sois aquéllas a quienes la soledad robó el cabello
Para cubrir su cuerpo de vieja nuez herida.
Cuando la noche se arrima a vuestras espaldas
y arregla su cargamento de sombra,
Echáis en ella el crudo vapor de vuestros tedios.
Dientes raídos por un rayo de silencio,
Ojos donde anida la tempestad andina,
¡ah, feroces jugadores
en la adivinanza de la nada!*

(“Pueblo de Salar Grande”)

**HABLA ABILIO ROJAS,
UN ANTIGUO PAMPINO**

*En esta pampa fatigué las manos,
Me tutearon el combo y la barreta.
Era mía la boca de la grieta,
Mío el viento de labios casi humanos.*

*En los montes reconocía hermanos,
Nitrato y sol cargaba mi carreta.
¡Hasta la sed oscura fue una veta!
Mi sudor quemó el vientre de los llanos.*

*Sobre las huellas machaqué el fracaso.
De la robusta luz hice cuchilla
Para vaciar los tuétanos al día.*

*Caballeros de nada y cielo raso,
Mi corazón fue perro de cuadrilla,
¡un corazón que muerde todavía!*

(De "Hombre de Cuatro Rumbos")

HIMNO DE LA CORDILLERA DE LA COSTA

*¡La piedra! Yo quisiera cantar la piedra;
¡oh, madre oscura, mía, repartida ;
Cuando mi amor la toma y acaricia,
En la mano me queda, pura y tibia,
La forma temblorosa de la Tierra.*

*La piedra es flor dormida en su tristeza,
Espuma de la Muerte, grave harina.
Tal vez, la piedra sea una sonrisa:
La del silencio puesto de rodillas,
Levadura de rabias y osamentas.*

*La piedra en cuajos, como fruta seca,
O en multitud de inmóvil fantasía,
Recuerda al hombre su raíz marchita:
¡ella -la piedra- mendicante o cima,
siempre es un más allá de sementeras!*

A UN GENTIL HOMBRE DE MAR

*En catorce derrotas va confusa
Esta botella al mar que te escribiera:
El agua ya besó tu calavera,
Las estrellas retozan en tu blusa.*

*De cintura fosfórica es tu musa,
Tiene dientes de flor y de pantera:
Por su honor tú quemaste una bandera
Tras el ojo nocturno de Ragusa.*

*El escualo sonríe cuando lanzas
Tus furiosos mensajes para Ulises
Contra el viento de viejas cicatrices.*

*Y si, cantando en fuego, te abalanzas
Sobre los dulces valles de Utopía
Contigo salta el corazón de Día.*

(De "El Salar Grande")

de "TÚ NO TIENES FIN"

LA POESÍA

*¿Existirían sin ti las reinas que nacen del marfil,
la manzana donde retozan las centellas,
existirían espejos devoradores de la mujer desnuda,
antifaces perdidos en el mar,
el ojo que nos espía desde las piedras,
el búho que arbitra los poderes de la noche?*

I

*Ser cochero de nubes,
Compartir contigo
La sombra del viento.*

II

*Mi cabeza está llena de ciudades
Que cambian de rostro,
Ciudades de una vez,
Donde los relámpagos aprenden el relincho
Del potro
Y el cielo se deshace en máscaras.*

V

*El tren atraviesa mis sienes.
El dado del alba ha quebrado el sopor
De los espejos.
El tren brama.
Es el tren que no veré jamás
Y de cuyas ventanas me saludan los muertos
De esta madrugada.*

VI

*Eres del color de la noche que asciende
Del pistilo
Y poderosa, como un himno.
El mar recorre tu dulcísimo corazón
Donde canta el pájaro de los presagios.*

X

*Cuando el hombre duerme,
Su sombra no descansa:
Le construye su ataúd.*

SONETO EN COPIAPÓ

*Estoy en tu ciudad, Romeo Murga,
Donde vaga el rumor de tu recuerdo.
En sus viejas esquinas yo te veo
Entretenido en descifrar las dunas.*

*Alumno solitario de la luna,
Tuviste por amigos los pimientos
Te educaron pastor de este desierto,
Lazarillo del sol que lo empurpura.*

*Ahora en Copiapó, como en la infancia,
Tus ojos vuelven a la antigua plaza,
Se pasea tu sombra en las estrellas.*

*No quiero interrumpir la dulce charla
Del poeta y su noche atacameña.
El soneto se queda entre las piedras.*

A CARLOS PEZOA VÉLIZ

Del pobre diablo de "Nada".

*Te escribo, Carlos, tras la paletada:
Todos se fueron ya, quedé en mi ruina.
La soledad se abraza a la neblina .
Ahora empieza de verdad la nada.*

*Viviendo oscuramente la jornada,
Gané sólo esta muerte peregrina,
Pobre diablo de albergue y de cantina,
Con espanto de sombra en la mirada.*

*Tanto helor de amargura y de cadena,
Incierto el pecho, pero no la pena.
Pronto la tierra me dará su nombre.*

*Yo quiero, Carlos, que la vida siga
En el rostro sereno de la espiga,
Sentado el sol entero junto al hombre.*

HOMBRE DE PUERTO

1

*Vinieron los marineros.
Les cambié mis recuerdos
Por la brújula de Simbad.*

2

*Cortadme dos mortajas.
Una sola no me basta:
El mar morirá conmigo.*

DIÁLOGO CON EL OTRO

A Mauricio Ostria

Siéntate

A conversar conmigo,

Esqueleto mío

Arpa de la muerte,

Arbolillo

Donde el tiempo

Restriega

Su blanco hocico de madera.

En ti,

Descansa

El pájaro del viento.

Yo celebro

Tu oficio en mis tinieblas

Tu destreza

Para remendar

Los andrajos de mi carne.

SONETO OSCURO

*¡Lonquén, Lonquén! Dos sílabas de tierra,
pero de grave tierra ensangrentada:
dos sílabas de muerte aprisionada,
campo de paz llagado por la guerra.
Mina donde la muerte nos aterra
Por su áspera furia desatada,
Donde se oye, como una marejada,
El coro de la sangre que ella encierra.
¿Por qué vino a tu cal la cal más pura,
bajo oprobios de látigo y de llanto?
Vinieron los hombres con la muerte al hombro.
Aquí, del hombre hicieron un escombros...
Colmena serás tú, sitial del canto,
El nido de la próxima ternura.*

INFANCIA DE PAPÁ

*Lo invitaban
Las campanas
A jugar con ellas:
Vestido de pájaro
Cruzaba el cielo de Jerusalén,
Besaba la mejilla de sus amiguitas
Y, confundido en un rebaño de sonos,
Seguía hacia las nubes.*

(Del libro "La Luna Redonda")

LA HERENCIA

Jerusalén estuvo, desde mi infancia, en mi ternura de hijo lejano que lo sentía -y siente-, como una caricia. Dificultosamente, debí pronunciar *Jerusalén*, entonces, mientras el padre me sonreía y comenzaba a contarme, piedra a piedra, torre a torre, la ciudad de su sangre. Entré a la vida protegido por la sombra de sus calles, donde la sombra pura y ensangrentada de Jesús se extendía, como su fortuna.

El padre, de ojos velados por la nostalgia, necesitaba ver la Jerusalén de su juventud y, no resistiendo la ansiedad, logró confeccionar una larga vista fotográfica que colocó en un lugar preferente del hogar: Jerusalén, de este modo, *estaba* en Antofagasta y el padre, a su vez, *vivía* entre los olivos y los amigos distantes. Y para vivirlos, se habituó a pasearse delante del cuadro, por las tardes, después de la jornada, contemplándolo con la honda mirada de los recuerdos:

-Allá, se levanta el Santo Sepulcro...- me indicaba, aproximando su corazón a los días en que él llegaba a su majestad, en trémulo paso de oración. Él iba señalándome la pasión y relatándome las horas en que las campanas parecían competir en gloria.

Cuando fui hombre, me llamó y ante todas las casas de Jerusalén, habló a mi vida por venir:

-Mi herencia más fuerte es esta fotografía que te entrego: debes cuidarla y llevarla a tu hogar, cuando lo fundes. No olvides que tu padre se encuentra, ahí, dentro de una casa de la Calle Nueva...

Y en mis altibajos nunca perdí la "herencia" y ahora, escribiendo la observo, con la ternura que me enseñó la vida, y creo que mi padre sale de alguna de

las calles, iluminadas por la dulzura, avanza a mí y
besa mi frente, y el beso me trae la tibieza de su amor y
del aire jerosolimitano, y es un beso fuerte y profundo:
un beso de Jerusalén en los labios del padre.

AUTORRETRATO DE ESTOS AÑOS

*¡Qué solo voy quedando en esta guerra,
apenas con la sombra de otra gente!
Yo soy un desolado combatiente,
Un viejo centinela de la Tierra.*

*Tanto muerto a mi lado no me aterra
No me aterra pelear con diez o veinte.
Me aterra el desamparo de esta frente,
La llaga del hermano que no cierra.*

(De "A las Puertas del Alba")

BUFA EL BUFÓN

*Si mi pueblo se amustia en los rigores
De esta vida lllagada por el hombre,
Yo saldré con mi pueblo hacia el combate:
¿dónde está el pan, la rosa de los pobres,
la libertad de pie en el horizonte?*

(De "A las Puertas del Alba")

CEMENTERIO ABANDONADO

*Casi encima del mar, un cementerio
De roída memoria y desmemoria:
Es un puerto de mástiles siniestros
Donde la cal inventa nuevas olas.*

*Camino entre las tumbas con el viento,
¡a dos trancos de mí ríe la costa!
Si raspara la angustia de estos huesos,
Encontraría al mar, de sombra a sombra.*

(De "Pueblo del Salar Grande")

LA SILLA

*En esta silla donde el tiempo sueña
Soñó mi padre su timón de abejas.
Hoy sueño con el sol entre las cejas
Mi frente es una cítara pequeña.*

PREDICCIONES PARA EL DÍA DE MI MUERTE

*Entonces, los astrónomos verán musgo en las
estrellas
Y el mar cubrirá su rostro con ceniza.
De la boca de las estatuas escaparán pequeños
relámpagos,
Ávidas mariposas invadirán los museos
Y las piedras llorarán.*

*Entonces, se descarrilarán las nubes.
Por la esfera de mi reloj correrá
El solitario caballo de la arena.
Se adelgazarán los ríos hasta convertirse en agujas.*

*Entonces, el viento cambiará de cielo a las gaviotas
Y los navíos se llenarán de alas.
Mi calle se enrollará, súbitamente,
Desapareciendo de la historia,
Mis ropas pasearán por los jardines
Y las banderas y las frutas se abrazarán.*

*Entonces, mi vieja máquina de escribir levantará
Un rayo en cada una de sus teclas.
Los niños descubrirán que mi sombra
Era la sombra de mi primer juguete.*

ISLA DE LA TORTUGA / 1620

*Recuerdo el duro sol de las Antillas,
El Mar del brazo de los bucaneros,
El canto de mis viejos compañeros
Afilando en el viento sus cuchillas.*

*Vivía la Aventura de rodillas
En medio de estos lobos carniceros.
La Aventura es mujer de marineros:
Tiene el cuerpo verduoso de las quillas.*

*Anduve entre bergantes y reyertas,
Jugué mi corazón en las cubiertas,
Mi sombra se perdió en un cargamento.*

*Yo soy el hombre que reparte el viento:
El viento que es el Mar sobre un caballo,
Patriarca de la voz. Firmo. Y me callo.*

(De " El Mar Tiene Veinte Años")

YO VIVO PARA UN TIEMPO

A Juan Negro

*Yo vivo para un tiempo en que la estrella mostrará sus
sueños,
para un tiempo que no sea propiedad de la muerte.*

*Yo vivo para un tiempo, augustamente, claro
Por los ríos pasarán las estaciones, sin miseria
Y no habrá ópalos siniestros en el reír del niño*

*Yo vivo para un tiempo de cristales,
Para un tiempo del cordero sobre el oro,
De la mano serena sobre la medalla.*

*Yo vivo para entonces: el trigo cabrá en todas las
Miradas,
Los pies tropezarán con la alegría.*

ANTOLOGIA DE CUENTOS

EL PASTORCILLO Y LA ESTRELLA

De Célula Cristo, 1972

La noche se mostraba serena en la majestad de sus estrellas. Las sombras, agazapadas en sí, no parecían moverse. Ni siquiera un silbo rompía el aire. El áspid dormía. Y dormían los animales de hocico feroz. Únicamente, los buenos animales de la ternura dormitaban, como si aguardaran una orden para acudir a donde les llamasen.

Un pastor infortunado, tendido en la hierba húmeda, contemplaba el cielo. El enjambre estelar destellaba, poderosamente, como si la luz del universo palpitase, allá, exaltada y anhelante.

Suspiró el muchacho. El suspiro voló de la soledad al misterio.

¿Qué maravillosa historia cruzaría por el mundo, que las cosas se engalanaban?

¿Qué aventura fascinadora viviría el hombre, que los árboles sonreían en sus verdes, que los pájaros revoloteaban en embriaguez y las olas del mar se emblanquecían, mágicamente, encegueciendo el viento?

El viento a su vez era distinto al de otras noches. Si es verdad que se le oía saltar, violentamente, de una montaña a un valle, ahora su fuerza no era agresiva, porque era la fuerza del que, ansiosamente, espera abrazarse con alguien, hasta fundirse y tornarse tiempo de amor, en este abrazo.

Para el pastor sin ovejas que yacía, espiando el vals de las nubes, las miradas que, a ratos,

intercambiaban las estrellas, imaginando que el hombre nos las descubre, el qué de la noche aquella no se le revelaba y dejaba escurrir los instantes que fluían, a pie desnudo, por encima de su cuerpo.

Suspiró, inquieto.

Repentinamente, por entre las estrellas vio surgir una desconocida que aparecía, alborotando la unidad de la noche. Era una estrella purísima en su diamante, una estrella para ser recostada en el seno de las finas sementeras.

-¡Oh, prodigio de estrella!-. No pensó esto el pastorcillo. Mas, sintió en su deslumbramiento el ser de estas palabras.

Se puso de pie, impulsado por un súbito goce de sorpresa. Hubiera celebrado que una honda misteriosa lo arrojaba a los aires, disparando al blanco frío de la estrella. Hubiera cantado.

La estrella sin prevención ni cuidado, principió a deslizarse, velozmente, en dirección al pastorcillo. No demoró en estar a dos vuelos de gaviota. El pobre muchacho calculó que la estrella se estrellaría... Lívido, tembloroso, alcanzó a gritarle:

-¡Cuidado, loca!

La estrella, como una equilibrista maestra, se paró, súbitamente, replicándole:

¡Tonto, no tengas miedo! Yo ejerzo mi oficio.

No le gustó al pastorcillo que le tratara de tonto. Pero la voz de la estrella era tan grata, que olvidó, al momento, su pequeño agravio. La estrella le dijo:

-No hay tiempo que perder. Como eres pastor, debes alcanzar al lugar que te señalaré.

El muchacho se ofendió: ¿por qué la intrusa disponía de él?

-No iré a ese lugar, no iré a ninguno, porque yo soy el dueño de mis piernas.

-Nadie discute el dominio de tus piernas. Lo importante es que me obedezcas.

-¿Por qué debo obedecerte? ¿Qué autoridad eres tú para mí?

-Soy La Estrella. Si no realizas lo que te indico, no cumpliré mi tarea, fracasará esta Noche y, tal vez, mañana, un hombrecillo no podrá escribir un cuento, ponderando nuestros trabajos...

El pastorcillo se iluminó. La estrella no era un astro astroso...

-Bien, bien -repuso, resignado-, ejecutaré lo que desees.

Las puntas de las estrellas despidieron una música alegre:

-Irás al Portal y te agregarás a los pastores que cantarán al Niño de los niños, llevándole tus ovejas, como regalo. Es todo lo que debes cumplir.

El encargo se agravó, de palabra en palabra. El pastorcillo juzgó que era su deber confesarlo:

-Todo marchaba sin tropiezo hasta que hablaste de ovejas.

-¿No eres pastor?

Se avergonzó el muchacho. Tras un silencio, murmuró, cortando las sílabas, con dolor:

-Sí, pero soy un pastor tan pobre, que no velo ni un carnerito...

La estrella se compadeció. El pastorcillo tiritaba. La estrella descendió para besar su frente. Sonrió el muchacho, agradecido. La estrella reunió su inteligencia en esa frase vaga, que se prolongó en una vaga esperanza.

-Parte no más... A lo mejor, a lo mejor...

Aspiró, hondamente, el pastorcillo las energías del augurio, intentó estrechar las manos de la estrella; al iniciar el movimiento, recordó que las estrellas hablan, pero sufren sin brazos ni piernas. Se conformó con echarle un ligero ademán cariñoso, galopando hacia el Portal.

La estrella quedóse, cavilando: ¿cómo sustanciar este "A lo mejor..." que empujaba al muchacho? Volviéndose ella misma una oveja. Era parte de una solución, acaso, la más justa. No demoró en resbalar por tierra, por ensayar un balido. De pronto, notó que se cubría de lana, que perdía su fuero astral, que estaba casi concluida, como una bizarra ovejita juguetona. Asaltáronle deseos de mordisquear la hierba. Pero se contuvo. La gula no era lo que convenía al trance de esta hora. Se mordió la lengua y partió, corriendo, delicadamente.

A poco de camino, un árbol la detuvo:

-¿Por qué tan aprisa, oveja?

-Sígueme y lo sabrás- contestó, en una pausa.

-No puedo moverme- se lamentó el árbol.

-Inténtalo. No te defraudarás -argumentó la oveja- estrella, apurando el tranco.

El árbol forcejeó contra sus raíces. Puso tanta ilusión en sus empeños, que logró liberarse de ellas. Sonrió, satisfecho. Cuando su tronco se pobló de lana y un balido se le escapó fuera de todo cálculo de fantasía, el árbol-oveja emprendió la marcha.

Y las piedras, ignorando cuanto sucedía, clamaron:

-¡Ay, si fuésemos, como las dos ovejas que acaban de pasar!

Y lo fueron.

El viento, que es un sabelotodo, porque espía todas las conversaciones, lo determinó:

-Yo, también, alcanzaré el Portal.

Y el viento-oveja, de dos soplos, se colocó a la cabeza de las corredoras. El pastorcillo acezaba. Las estrellas comentaban la carrera. En el Portal, el Niño de los Niños era festejado por Tres Reyes y muchísimos pastores. Los Reyes le dedicaron tres regalos nada más. El Rey-Cola de Perdiz, una paloma. El Rey-Pelo de Choclo, una rosa. Y el Rey-Castillo de Arena, un caracol. Cuando le ofrendaron al Niño sus obsequios, pronunciaron tres breves discursos:

-Recibe la paloma para que siempre haya noticias felices en la tierra.

-Haz que una rosa florezca, cada día, en la frente del hombre.

-Escucha al caracol para escuchar como cantan las bellas mentiras del mar.

Los animales del Establo buscaban un orador. Insistía el burro en la potencia de sus cuerdas rebuznales. Naturalmente, todos lo repudiaban. Al final, acordaron suprimir el discurso, demostrando, con su determinación, excelente criterio y buen gusto. El burro continuó, perturbando con sus pretensiones. El Niño de los Niños, sin que lo sospecharan, se condeció del burro y le honró con un encargo que el propio burro ignora: el de reloj natural. Preparábase el burro a lucir su distinción, inspirado por su bienhechor, cuando entró en el Portal, radiante, el pastorcillo, seguido de mil ovejas preciosas.

El Rey-Pelo de Choclo sentenció, observándolas, atentamente:

-Son el rebaño más bello que conmovió a mis ojos.

El muchacho saludó al Niño de los Niños, escogiendo, a la suerte, una oveja para regalársela. El Niño de los Niños volcó su cabeza sobre esta lana y, allí durmió su primer sueño.

De "Sobre la Biblia, Un Pan Duro"
EL HOMBRE QUE FUE DIOS

1

LOS HOMBRES HABÍAN olvidado la soberanía de Dios: nadie le nombraba; los niños nacían, como frutos sorprendentes, sin que el Cielo participare en nada; ninguna mujer abría el cofre de las noches con un rezo. Mirar el azul era una gimnasia de pureza, pero no un acto de sumisa admiración. El que hubiera dicho cosas celestiales, habría sido recluso por insano.

Tal vez, la última idea que tenía de Dios era la de la lluvia, pues todavía restaban mortales que pensaban que ella era un largo, triste y profundo llanto del Creador, inadvertido y despreciado. Pero, esos eran escasos.

Los templos, convertidos en cualquiera sala, mostraban sus torres decapitadas. Las cruces habían sido quemadas. Los copones áureos servían de copas de alegría en los supremos acontecimientos. Las elegancias de los altares fueron repartidas para adornar las habitaciones de los pobres. Los pobres seguían siendo pobres, sin embargo...

Durante muchísimos años, una mujercita, terriblemente pálida y humilde, siguió, sola, manteniendo la costumbre de orar. Entonces, por una sola vez, volvía a oírse: "Dios", "Señor mío y Dios mío". Mas su voz era débil, y apenas si la escuchaba su propio corazón...

EN un pueblo de leñadores la postrera ocasión que Dios flotó en labios de una madre, fue el día en que un árbol aniquiló a un muchacho. Después, como en todas partes del mundo, desapareció, a pesar de la ignorancia de los leñadores y de su sencilla entraña vegetal.

En este pueblo, precisamente, sucedería, quién sabe por qué, algo singular.

Las hachas crearon un lenguaje de odio, si bien es verdad que se trabajaba, y que había festividades en que el vino iluminaba las venas.

Por móviles fútiles, los hombres recurrían al veredicto de sus hachas, y en el bosque la sangre mentía pequeños espejos rojos. Los pájaros habían aprendido casi a blasfemar, y si hubiese sido posible mirar, atentamente, a los árboles, se les habría podido advertir, en ciertos instantes, una palpitación atormentada...

JOEL mostraba una frente noble, de pergamino valioso. Sus ojos eran dos tardes de esmeralda. Barba rubia. Y palabra con aromas de violeta.

Leñador, igual a su padre y al padre de su padre, partía a trabajar, cuando el sol aún abrocha su chaqueta de torero. Era silencioso y jamás se oía maldecir.

Habitaba una casa próxima al bosque, completamente ajeno a la fatalidad de estrellas negras que dominaban al pueblo. Adoraba las delicadas piezas

de la Naturaleza. A las mariposas con sus disfraces de arlequín; a las rosas y sus capas de reina; a las luciérnagas que, con sus linternitas, buscan las llaves del Sueño...

Su hacha poseía un filo menos violento y su manera especial de moverla lograba derribar a los árboles sin necesidad de martirizarles largamente.

4

EL pueblo sabía la índole cristalina de Joel, sabía que huía del mal por una oculta recomendación de su sangre. Se le respetaba y se le quería.

Si alguien precisaba ayuda, Joel aparecía, desinteresado y oportuno. Los niños llegaban a visitarle, y él les entretenía con juegos de agilidad y con canciones que inventaba, ahí mismo, para ellos. Si las palomas hubiesen estado organizadas, creo que le habrían otorgado su más alta jerarquía imperial.

5

EN derredor de una fogata, varios leñadores charlaban esa noche.

-Joel es Dios-, concluyó, serenamente, uno de los hombres. Ninguno le negó. Joel había dado su sangre a varios enfermos que necesitaban de ella. Había regalado su casa a una viuda, mudándose a vivir al bosque. Obsequiaba su trabajo a los ancianos.

Desde época remota, la palabra Dios no había

cruzado el aire de la tierra. En torno a una mano de fuego que se abría y cerraba en medio del musgo nocturno, volvía a ser dicha, de repente, como una referencia natural.

Uno contó que, cierto día, el varón más turbio del pueblo le había hecho prisionero y se disponía a matarle, cuando surgió, inesperadamente, Joel, y se interpuso entre ambos. Dijo simplemente:

-Tú deseas vengarte de este hombre. Este hombre es cabeza de familia. Si no es otro tu afán, ¡sácate en mí! Nadie me espera.

Y el varón más turbio del pueblo cayó de rodillas.

6

UN leñador susurró a su mujer:

-Joel es Dios.

La mujer repitió a su madre:

Esa madre fue a su vecina:

-Joel es Dios.

Hasta que en el pueblo no hubo sino una garganta de alabanza al leñador extraordinario. Únicamente, en los nidos y en las corolas se pensó con justeza: Joel era un Hombre.

7

JOEL continuaba su destino de arroyo guiado por el sol. No veía la maravillosa línea de luz que lo cercaba, porque su labor era dura, y en los momentos de paz

gustaba cuidar de los nidos, e inquirir por los animales heridos, para curarles.

Ausente de su propia gloria, era como un árbol coronado de cantos.

Pronto las madres empezaron a llevarle a sus hijos para que los volviese alegres. Joel los tomaba en sus manazas, de ternura silvestre, les hablaba un lenguaje musical, y los niños sonreían.

8

El pueblo no comprendía por qué Dios era suyo, por qué había surgido junto a sus pecados, por qué había tomado el fiero rol de leñador, por qué le prefirió para vivir, al ser olvidado por los hombres. Esta misma desconocida razón hizo que a Joel se le temiese.

Por leves signos, el leñador santo entendió la aureola que le ceñían. Y sufrió. Él no era Dios: era un leñador que sentía la vida lo mismo que una caricia de agua viva. ¿Cómo explicar tan diáfana y reducida verdad, a sus amigos?

Ellos le rendían una pleitesía tremenda. Se bajaban los ojos al hablarle. Había interés en parecer como de vidrio.

A Joel le llenó una oscura melancolía.

9

UNA mujer propuso traerle al pueblo y adorarle. El pueblo asintió feliz. Dios sería en él una cordial rosa

de buenaventura. Habría mayor alegría, las hachas se besarían.

Joel presintió la horrible responsabilidad que amenazaba a su destino. Era menester fugarse, dejar encendido ese mediodía de amor que tornaba luminoso el pecho de sus compañeros, sacrificándose por una buena ilusión común.

No discutió mucho consigo mismo. Cavó una honda herida en la tierra y dejó su hacha. Luego, se echó a caminar, a la deriva, huyendo de la comarca que le divinizara.

¿Qué el gorrión se enlutaría? ¿Qué importaba aquel suceso! Allí no renacerían los diálogos de sangre.

Su sombra inauguraba ya una sonrisa en las primeras piedras del camino, cuando el pueblo principió a tallar el altar que no le retendría...

LA SOMBRA DE AHASVERUS

LA NOCHE era sofocante. Mi habitación, a causa del exceso de sueños que roía mi cabeza, estaba caldeada como un horno. En esta doble violencia de fuego, huir a un parque era natural. El mar estaba lejos. Aunque yo aseguraba que lo tenía en mis pulsos...

Con precipitación me encaminé a un parquecito no lejano a mi domicilio. Era un sitio encantador, pues no sé qué maravillosa corriente batía ahí sus alas. El cielo parecía descender sobre sus fragancias y nunca había personas de más. Recuerdo, con emoción, un surtidor de escasa altura. Me daba la sensación de una serpiente, arrepentida y agónica, que besase el firmamento, sin conseguir el indulto.

Esa noche no encontré sino a un hombre en su herida de soledad. Como si temiera a un zarpazo de la sombra, busqué, intencionadamente, asiento a su lado. No pareció molestarse. Fumaba en una larga pipa y balanceaba el busto rítmicamente. Era una especie de abuelo desencantado.

¿Cuánto tiempo permanecemos, en apariencia, indiferentes? El buen aire nocturno limpiaba mis sienes. El surtidor decía su monólogo. Mi vecino continuaba su imitación de posar para un artista escondido. Nadie pasaba cerca.

Desconozco el instante preciso en que fijé mi atención en sus zapatos. ¡Qué importa! Hasta ese momento no había fiscalizado su estampa, detalle a detalle. Empecé por ellos puesto que me resultaron sorprendentes.

Gruesa capa de barro envejecido, ya momificado, les circuía. Zapatos de una apariencia monumental,

estaban como malditos por el polvo. ¿En qué jornadas lograrían tan singular característica?

Los pantalones eran angostísimos, y una levita inverosímil, ¡qué negro dudoso!, apresaba el tronco, que se presentía malogrado. La corbata era un trapo cualquiera. Y un sombrero aletón coronaba, risiblemente, la figura.

Esto era la vestimenta, que el rostro reproducía un buitre humano.

Cautelosamente, verifiqué mis observaciones y concluí que estaba, no cabía dudas, próximo a un ser extraordinario. El conjunto no poseía raigambre en nuestra época; resultaba, sencillamente, un todo del tiempo: *Antes de Jesucristo, o Después del Anticristo.*

¿Podría resistir, entonces, esta vecindad sin auscultarla, yo que he penetrado a la alcoba de la reina de un panal para comprobar su pureza?

De repente, le dirigí una pregunta banal. El hombre me contestó nerviosamente. Estaba unida su excentricidad a mi deseo. Volvió el silencio. Una hora dada, a lo lejos, me llevó a proponer:

-¿No bebe Ud. El café conmigo, esta noche?

Sólo en aquella ocasión nos penetramos uno a otro, de frente. Sus ojos se poblaron de preguntas. Accedió. Al levantarse, mostró dos flacos metros y una espalda en declive. Marchamos callados. Iba yo feliz, como quien conduce una torre por el medio de la calle. Una torre legendaria. Llegamos a mi café preferido. Los parroquianos de siempre. La misma amarillez.

Nuestra entrada provocó curiosidad. Yo jamás me hacía acompañar, y en mi mesa, únicamente, tuvo asiento un perro cuyo nombre olvidé averiguar, reservándome el placer de bautizarlo, cada vez, con nombres distintos y el mismo café de don Francisco.

El hombre tomó colocación con gran aparato y, tal vez, creyó oportuno pagar mi generosidad con una sonrisa, al beber el primer sorbo, que por pretender amabilidad resultó horrenda. Estos labios eran para otra ceremonia menos delicada.

* * *

Iba siendo preciso apurar el fin de mi aventura. De golpe:

-¿Es Ud. un *globetrotter* profesional?

-Desgraciadamente de mí, ¡eso soy! Pero, ¿no sospecha quién bebe con Ud.?

Vaciló mi tupé. Con timidez insinué, a media voz:

-¿Ahasverus...?

-En persona y en cansancio.

Confieso que, súbitamente, aspiré el olor de los siete mares, el perfume de todos los jardines de la Tierra. Era como estar al borde de un mapa portentoso. ¿Ahasverus, Ángel de la Geografía! ¡Por fin, lograría recorrer tantas incógnitas de mi frente de timonel sin mareas! Al posible palmoteo de mis manos, estaba el que lleva los encargos de la rosa al pino plateado, el cuidadoso visitador de los diferentes lechos del sol.

Fumaba. El vaivén de su busto proseguía: era este movimiento la influencia del viento, que le juzgó de continuo una vela a la deriva.

Al consumir la tercera taza de café, graciosamente, me invitó a seguirle.

La brújula es la flor invariable del corazón de Ahasverus. Esa noche pude arrebataréla. ¿Por qué me desisti?

Nos lanzamos al azar. Como corresponde al desdeñado de todas las anclas. A poco andar, apuró el paso y, pronto, alcanzamos los extramuros de la ciudad. Desde ese minuto fui brote de su sombra cavilosa.

Durante siete días y siete noches me condujo y me enseñó lugares que su sola mirada contemplara. Fue un ir y venir veloces. Los pueblos pasaban en sucesión mágica. Las piernas, ¿eran mías? Juraría que los pájaros negaron sus alas al advertir mi ligereza:

-¿Por qué me asocias a tu destino?-, le pregunté una tarde.

-Porque esa noche creía morir de mi propia, feroz compañía. Ahora, pago la gentileza de tu festejo.

Debido, pues, a una y otra razón, es que he visto, -¡lo juro por las cenizas de los mejores aventureros, por ti, delicioso Jim Albro!-, lo que en seguida se leerá, y que bien podríamos llamar *Memorias del Secretario del Judío Errante*.

3

El primer día, visitamos una pequeña gruta en que un enano de traje violeta, pasmosamente ágil, combinaba rayos de sol que guardaba en filtros, logrando, de este modo, mantener la continuidad del oro.

El pedazo del metal sublime que nunca abandona mi diestra, me lo entregó Ahasverus. El enano no reparó en ello.

Quise documentarme en el procedimiento. El enano rió a carcajadas:

-¡Para alquimista sobra con Gil de Rais!

Ahasverus me explicó que en el Cielo no se admite a los que practican la alquimia, y que se les destina en el Infierno a una labor poco brillante: barrer con las manos las inmundicias demoníacas.

-Bueno-, respondí resignado-. Y, ¿qué es el oro?

El enano, mordaz:

-¿El oro...? Pues, ¡la momia de la Ilusión!

Anocheció. El cielo estaba exageradamente a nuestro alcance. Me disponía a acariciarle. Ahasverus me golpeó la mano:

-Luego lo recorrerás. No te impacientes.

4

Eso fue a la mañana siguiente.

Mi atormentada infancia de doncel de sueños me ardía en los ojos. ¡Entrar al cielo, pisar su piel de heliotropo celeste, respirar bajo su techo de perspectivas eternas! El placer que me esperaba, era comparable a la resurrección de la madre.

De madrugada iniciamos la ascensión.

Haz en el aire como que subes una escalera-, aleccionó mi guía. Así, actué, y penetré al cielo. No fue, precisamente, por la puerta central, sino que por una lejana y de mal aspecto. Era la destinada al acceso de Ahasverus.

Un rocío encantador cubría las cosas. Un arcángel vagaba meditabundo.

-Estamos en los arrabales-, me informó Ahasverus.

-Me interesa la Luna-, adelanté, mientras

curioseaba la fisonomía del cielo.

-Vamos a verla-, repuso el proscrito de la muerte.

La Luna habitaba, en esa ocasión, una casa bastante humilde para su rango. Nos acogió con diáfana cortesía. Ahasverus le hizo notar mi guía de rarezas. La luna se ruborizó:

-¿Lo he desengañado?-, y sus labios fueron dos rayas trémulas.

-Quisiera un autógrafo suyo-, expliqué.

-Imposible-, se excusó la Luna.-No sé escribir. Ni me hace falta. Los poetas se encargan de mi biografía y de mi correspondencia.

-¿Y quién le redacta las cartas de amor?-, deslicé, audaz.

No respondió. Al despedirnos, me obsequió un diminuto puñal de plata para mochar cometas.

Después, visitamos la Fábrica de Azul. ¿Cómo la imagináis? Un ángel llora. Sus lágrimas son recogidas en un artefacto de mármol. Otro ángel raspa encima las lágrimas de una vieja estrella fuera de uso, y se forma una masa que sirve para el cielo, para el mar, para los ojos de las reinas...

5

Nuestra tercera excursión fue a una llanura totalmente roja. Es difícil pensar que antes que yo ningún mortal haya estado en ella, fuera de Ahasverus, como es de suponer. De una violenta rojez, la llanura es tal un infinito rubí derramado.

-¡He aquí la Llanura de la Sangre!-, ilustra Ahasverus.- Acá viene a parar la sangre de los

asesinados que se vacía en al tierra.

Es de tanta reciedumbre el escarlata que miro, que mis pupilas se fatigan.

Aprendo cómo los fantasmas de los pintores muertos llegan a esta llanura, por las noches, para hundir en ella sus pinceles y volar, después, por los jardines a dar el carmín a las flores, cómo Marte las besa, apasionadamente, lo mismo que un amante, o un tigre.

Hablo, con entusiasmo, del color rojo: rojo es el pezón materno. Ahasverus mueve la cabeza. Evoca a su madre:

-Escucha esta revelación, caricatura mía. Yo me sé de memoria el mundo, no he logrado precisar en qué tierra están las raíces de mi sangre, mi madrecita. ¡Es horrible...!

Ahasverus solloza. Grotesca emoción sagrada, la suya oscurece la tarde. Nos alejamos, lentos, de esta llanura que sugiere una página sumergida en el corazón del vino.

6

Al pie de un árbol, Ahasverus cava afanosamente. Me dedico a identificarlo: es un árbol de una manifiesta personalidad. La corteza contiene bastante de piel humana, de piel humana mordida por una fiebre solar rabiosa. Su copa se descompone en difíciles monogramas.

-Descenderemos a la tumba de La Mujer Verde-, previene el desamparado caballero de los horizontes.

Surge una escala. Bajamos. En su extremo, una puerta nos concede su venia. Un amplio salón, iluminado por luces mortecinas, nos recibe. Es la ciudad, limitada y tenebrosa, en que yace La Mujer Verde.

Está recostada en un túmulo fastuoso. Verde, verde, verde. ¿Es la estatua de los desesperanzados? Su desnudez, una hoja dormida en los hombros de la muerte.

-¿Quién es?

Ahasverus me aparta del túmulo:

-La mujer amada. También, yo adoré a una mujer. ¿Dos mil años ha? ¡Tal vez...! No me quiso. Pero, ninguna boca desplegó su boca. La di a beber un licor compuesto de esmeraldas: veneno y anillo de mi boda imposible. Muerta, fue, simplemente, La Mujer verde. ¡Mi mujer...!

7

He saboreado naranjas inolvidables, naranjas que ni las princesas probarán.. Naranjas que Ahasverus descubriera para su sed de legítimo maratonista imbatible. Están casi detrás del mundo, estos naranjales resplandecientes, donde el azahar de platino es un arrullo melodioso.

Si alguien mordiera estas naranjas sin el beneplácito de Ahasverus, la garganta le ardería hasta la muerte, en grave desesperación de estaño.

Ahasverus, indiferente, avanza mar adentro. Le sigo, las olas nos respetan. Y a medida que nos internamos en la confabulación de verde y azul del agua, crece mi asombro. Extraños a la humedad, como protegidos por una escafandra milagrosa, logramos llegar a una mansión de gruesos cristales:

-Es el palacio de mi buena amiga La Sirena Mayor-, especifica Ahasverus.

Dentro, La Sirena Mayor flota en su hastío. Bella todavía, muestra una cola larguísima. Ahasverus, por primera vez, se alegra. Zalamero, juguetea con la cola de La Sirena Mayor, que me escruta. Le ruego que me deje tocarla. Accede, y, a su turno, me somete a un interrogatorio pueril, (sus heladas escamas aún platean mis dedos):

-¿Viste otro rostro como el mío?

-¿Qué traje de baile ostentaría cola más preciosa?

-¿Te gustaría ser mi último amante?

Estoy cohibido. Ahasverus interviene y soluciona el caos que me empezaba a golpear las sienes, pasando a La Sirena Mayor su guitarra suprema. Canta, y una música tierna nos envuelve, como seda embriagadora. Es una canción elemental, pero subyugante. Acabándola, aplaudo con reverencia. La Sirena Mayor me atrae, besando mi boca con un frenesí que recordaré mientras viva.

Es la postrera jornada con Ahasverus, el padrino de los cometas.

-Te haré mi colección de tierra de todas las tierras-, me promete.

Y para eso debemos detenernos en una inmunda taberna de puerto, en que ha encomendado su baúl sorprendente. En cajitas de fósforos están representantes de cada parte del Universo. Ahasverus las distingue con suma presteza. Si desocupara estas cajitas, se elevaría una montaña considerable.

10

Se desploma la noche. Nuevamente, estamos en el parquecito del encuentro. Ahasverus me abraza y, rápido, echa a correr su inacabable vuelta al mundo. Le veo perderse, y un adiós sentimental oprime mi garganta.

Las nubes, yo mismo, vislumbramos una meta. Ahasverus, el último varón sobre la Tierra, si la Tierra se extinguiera, sería- para no perder la costumbre- el Farolero Astral.

LA NIÑA ERRANTE DE LA BICICLETA

CUANDO SU PADRE le entregó la bicicleta por la que ella enloquecía, montó, alegremente. El alba saltaba recién desde el trompeteo de los gallos y la niña iba en busca de vastos caminos que recorrer. Entusiasta, comenzó a pasar por las calles del pueblo; los faroles movían, impacientes la mirada, como respondiendo a la que tan de madrugada amenazaba con llevarse por delante al horizonte, ¡así era de rápido el pedaleo de Floralia Niván!

Enrollando senderos a las ruedas de su máquina, saludaba, con cierta misericordia, a los postes, que no son sino peatones demasiado fatigados que decidieron torcer el camino y lo emprendieron hacia arriba, quedándose, también, en la mitad... Los árboles obesos movían la cabeza en un "sí" y un "no" agradables. Y las piedras mordían el suelo, como queriendo recogerlo para que la niña se diera un costalazo ejemplar.

Ningún transeúnte hubiera inadvertido la obsesión con que Floralia movía sus piernas: ¡con tales movimientos se habría podido bombear entera el agua del océano! Floralia apeteció largamente la máquina, llegando a pensar que las ruedas de la bicicleta eran sus verdaderos ojos; extraños ojos en que las pestañas se volvían locas en un caos de ángulos y de vértigos, cerrando las visiones en finísima cárcel de invisibles barrotes.

Al atardecer, muy distante de su pueblo, era una reina prófuga con una diadema de perlitas transitorias y dos incendios en el rostro. La luna comenzó a caminar igual que la bicicleta que usan los equilibristas en el circo: era una rueda mágica sin nadie en su mando, y

tan hábil que no venía cielo abajo... Aquí, es necesario confesar que estas ruedas son fraticidas: en complicidad con los equilibristas matan, una noche, a su hermana y, así, comienzan su difícil celebridad. Para que nadie sospeche sacan ese aire de ruedas Abeles. Antes del Juicio Final, llegarán al valle de Josafat las ruedas asesinadas y, entonces, será posible enloquecer con la caligrafía de tantas ruedas en el piso solemne, y con los relatos que oiremos de las que murieron de un navajazo de envidia...

Floralia Niván lanzó los ojos hasta el firmamento y le propuso a la luna sorprendida:

-¡Eh, te desafío a dar mil vueltas en torno al sol!

Calló la luna. Es ella "una señora a la antigua", y si debe andar sola, por las noches, se debe a razones que no hay para qué explicar, y mucho menos a una alocada e irrespetuosa adolescente. Además, no tenía la luna los años que requieren esfuerzos de esta naturaleza, y sus articulaciones, como es sabido, son pura azúcar... Una expedición de golondrinas que volaba en diverso sentido, aplaudió a Floralia, con impecable batir de alas. La niña, muy conmovida, quiso besarlas; pero, eran ligeras las golondrinas, y -rápidas-negreaban a lo lejos; se conformó con enviarles su larga bendición de Papisa del Movimiento Perpetuo.

No había tiempo que perder. Se tendió la noche por encima del paisaje, y las piernas de Floralia seguían girando, infatigables. Algunos planetas cortesés decidieron acompañarla, para evitar que turbasen su recorrido las impertinencias de la obscuridad. De este modo, Floralia llevó un séquito más que real. Tenaz y resuelta, corría y corría. Los pueblos la vieron pasar, grávida de constancia vagabunda. Los campanarios se agacharon para indicarle señas y peligros. Los gallitos

de las veletas cantaron en su honor. Las brújulas formaron su coro de alabanzas, y en el mundo surgió un ruido singularísimo que abatía al mar.

Tanto anduvo Floralia, que salióse de la Tierra. A su borrachera de lejanías se le ofreció una pista deliciosa, libre y tentadora. No dudó un segundo. Emproó hacia arriba. La bicicleta fue como por rieles misteriosos y succionantes. Los pájaros que no asoman por la Tierra, esos pájaros cuyas alas forman los terribles ciclones, se hicieron a un lado: ¡esta condenada ciclista debía poseer alas más fuertes que las suyas! Rodando y rodando, Floralia llegó, de golpe, a los pies de la poltrona de Dios. Era, sin duda, un desacato. Mas, ¡a lo hecho, pecho!

Saltó de la bicicleta y notó que una aguja de sed le hería la garganta. Dios entendía que se hallaba frente a una "recordwoman" de "performance" impar. La ofreció un vaso de agua de lluvias coloreada con anilinas de arco iris, preguntando una simpleza, impropia de sus altísimas cualidades:

-¿Estás muy cansada...?

Floralia Niván contestó que ¡No! Con la cabellera revuelta por el viento de cada país que atravesaba, y en la que se notaban trocitos de estrellas y otras materias astrales. Dios se emocionó ante esta heroína sencilla y sorprendente. La sabía vencida por la fiebre. La atrajo a sus rodillas, y principió a mecerla, canturreándole, con pésima voz, viejas nanas angelicales, hasta que la durmió. La bicicleta había adquirido una plátina violenta, y las llantas estaban próximas a ser como élitros de mariposa...Dejó a Floralia en cama, cogiendo la bicicleta con sumo cuidado. Llamó a un ángel y le ordenó que la depositara en el Museo Divino, junto al Arca de Noé, a la fórmula

de la multiplicación de los peces y los panes, a la Cruz y al Paño de la Verónica.

Cuando Floralia despertó. La atrajo a su escritorio, sucio de palomas, y sostuvo con ella un diálogo breve y feraz:

-¿Piensas retornar a tu pueblo?

-¡Nunca!- replicó la niña. Quiero seguir adelante, ¡siempre en hambre de más allá!

-Ya no existe espacio para tus aventuras-reconvino Dios.

-¿Entonces...?

Dios, de súbito, como conviene a su cerebro tres veces prodigioso, creyó encontrar la solución de esta inquietud que le brincaba de los pies a la cabeza, a la desbordada de rutas:

-¡Quédate a mi servicio! El Cielo es la felicidad.

-No lo creo- repuso, lista, la muchacha, con la boca llena de risa. La felicidad no puede refugiarse en este jardín de barbas...

Las solemnidades de Dios temblaron. Floralia suspiró. El Santo Padre, en pie, tronó:

-Pues bien, seguirás corriendo en bicicleta, ¡por los siglos de los siglos!

FRAGMENTOS DE "NORTE GRANDE"

FUNDACIÓN DE ANTOFAGASTA

El mar arrullaba la soledad. Juan López, semi desnudo, con el sol por la piel, como un poderoso reptil, miraba fijamente hacia distancias hechas de fatiga. Sus cabellos goteaban sombríos y la cabeza era, entonces, la única flor, palpitante y valiosa, en aquel brazo del desierto. La frente, como un mapa feroz de caminos: allí quedaban impresas las huellas de los cateos, era una frente rugosa y vital, un cuaderno de rayas de fuego. Venían la nariz dominante y la boca con pronunciada manera de sendero, rematando el rostro en un mentón semejante a una curva de muchos metales. En seguida: el pecho. Pecho peludo y anchuroso, lo mismo que una corriente infatigable. Y las manos eran gemelas de hambre, con los enteros dedos del minero, firmes y rudos, iguales a tentáculos, o a víboras ansiosas.

Los pies tan anchos, que parecían las bases del mito. Pies que recogían el polvo de la vida y que sabían del chisporroteo de las manchas sin remansos. Pies de bronce, sin duda. Pies para los que el desierto era una fruta partida en medio del mundo...

De tales proporciones era este hombre que acababa de alzar una carpita con sacos endurecidos por el sol y que veía alzarse hacia delante al mar con sus viñedos, teniendo en sus espaldas la lejanía de unas tierras poderosas y tercas, enrojecidas por la desolación.

El sol era un estremecimiento de oro. Juan López respiraba la soledad de la tierra y el mar se le mostraba

como un infinito espejo, dedicado a su vida febril y acelerada. López, transpirado y solo, lleno de laxitud, tendióse frente al agua. Sus ojos descendieron a la evocación. El viento le cubría.

Estaba en 1866. Hacía poco más de veinte años que había entregado su destino a la aventura. Hombre de azar, sus días formaban una huella desventurada y solitaria. Había vivido en un cauce de sed. Las piedras y el mar eran sus alas... La costa le iba, poco a poco, identificando con sus cosas: una firmeza roqueña en el alma, una tonalidad lejanamente verde-azul entre los ojos. ¡Juan López era ya un latido de tantos elementos! El viento movía la carpita como si la acariciara condolido. Las olas hablaban el coro de su majestad.

El guano fue una sombra en su destino. Por descubrirle y enaltecerse, sufrió la maldición de las noches que rayan de oscuridad los sueños, sufrió el desamparo, sufrió el adiós de la mujer... Ahora era la última vez que intentaba buscar la raíz de la fortuna. ¿Dónde encontrarla?, ¿bajo qué misterio de sangre?, ¿en qué mapa hallar su signo deslumbrante? Juan López lo ignoraba todo. Sólo una secreta iluminación ardía en el fondo de sus deseos, comparables a una legión de verdugos... Juan López, en el repaso de su historia, entraba al éxtasis.

Tardos rebaños de nubes infantilizaban el firmamento. La tarde se tendía, a lo lejos, como una mujer. Juan López juntaba a su cansancio los muchos kilómetros de su pasado. La mirada se vestía de antiguos cielos. Y con el olór del mar pleiteaba un olor a corazón volcado...

Juan López sintió un ruido potentísimo. Luego, mil. No era el viento que echaba a morir todas sus hélices. No. Era un rumor desconocido. ¿Un rumor de

martillos? Quizás... Juan López presentía una presencia que se negaba a reconocer. Se gozaba con la intuición de un espectáculo ignorado, pero deleitoso. Y el ruido vencía al mar y parecía aproximar los cerros.

La frescura de la noche era una niña en el rostro de Juan. López, en trance de alucinación, se dejaba repasar por la frescura. Y sus cabellos pugnaban por huir.

El ruido se mezclaba a otros. ¿Dónde sonaba aquella bocina? López comprendía lentamente que su sangre acababa de erigirse en tiempo y que, un día, prolongaría sus fatigas en una sucesión de calles y de seres.

López era capaz de permanecer con los ojos cerrados largas horas; en sus correrías aprendió que la paciencia es una gran gota de sol en mitad de la angustia... Juan había aprendido la ciencia de esperar, se había hecho un artifice de la esperanza. Sabía no sobresaltarse: por esto es que, tranquilamente, dejó que aquel ruido floreciera entero, mientras los párpados estaban flojos.

Cuando decidió abrirlos, la noche era la puerta de una alcoba madura de estrellas. Las sombras que cubrían el mar le enseñaron su completa y trágica desnudez. Juan se puso de pie y, rápido, como el que teme que se escape una cosa querida, dióse vuelta: su carpita temblaba. Pero, en maravillosa perspectiva, una mole monumental de luces brillaba a la distancia. Juan entendía sin análisis. El corazón se llenaba de alegría. Él era el germen de algo: ¿una ciudad?, ¿un mundo? Su sangre fue un río de semillas. López, acostumbrado al hallazgo, no gritaba; mas, por primera vez, sus sienes se hincharon en una suprema intención de vuelo.

El suceso se esfumaba. Parecía que únicamente

aguardaba a que Juan le admirara, para desaparecer. De pronto, la obscuridad se desplomó cual una siniestra montaña. Juan López, en silencio, buscó su carpita. El viento ordenaba claves.

Con escaso abrigo, se acostó como la más grávida de las madres. Afuera, quedaba una vibración casi humana. Juan no podía dormir. Una potente inquietud le perturbaba, cual una amante exquisita. Transcurrió una hora: Juan se incorporó. Desnudo, salió de la carpa. Su piel se cubrió de frío. Era un cirio a orillas del mar.

Las estrellas vivían su luz. Juan, presa de invencibles goces, era incapaz de dominarse. Se miraba entero. ¡Hombre era! Pero en su fuero, precisamente, desde aquella tarde, se agitaba una delicada y extraña sensación, como si le naciese otro ser... Nunca lo sabría. Una ciudad es también una criatura; posee la ternura de un niño y la brillantez de una rosa viril...!

LOS PUÑALES SILVERIO LAZO

Se reía Silverio Lazo, apretándose el grueso cinturón, y los fuertes dientes blancos, de macho tórrido, le iluminaban, como un trozo de luna:

-¡2.000 *bolivianos* por esta cabecita!

Y sus manos se golpeaban la cabeza con ruda ternura. Era necesaria, para la quietud parduzca de Antofagasta, esa cabeza que sólo parecía albergar mapas sangrientos, precisión de cuchilladas verticales a la muerte.

Silverio Lazo, "El Chichero", protagonista de las sombras, era como un poeta de las blasfemias. La mano segura, de piedras negras. Y los ojos como hechos para adivinar las más finas defensas de la piel:

-¡2.000 *bolivianos* por esta cabecita! ¡cabecita mía!

La miraba de arriba abajo don José Sabaú, el cervecero: era altazo "El Chichero", espaldas carnosas, boca de pulpo, era el ejemplar de hombre que las mujeres adoran sin saber si lo hacen como tales, o como madres: amor sin más luz que una gran equis, amor...

Bebía presuroso Silverio. Don José temblaba: el pueblo, reunido en el teatro, acababa de ofrecer 2.000 *bolivianos* por el cuerpo de "El Chichero"; mucha sangre clamaba debajo de sus puños.

-¡2.000 *bolivianos* por esta cabecita! ¡2.000 mojones para estos carajos, don Pepe!...

"El Chichero" había sido antes un varón de corazón diáfano. Trabajando en Tarapacá - durante la hegemonía peruana- mató a un compañero en riña de burdel. Se le pagó con saña. Se le quemaron las palmas de las manos. Se le escupió. Entonces, de entre el hedor del calabozo y de la rabia, que era una tempestad

encarcelada en sus ojos, nació del pecho de Silverio Lazo, "El Chichero", ágil de muñeca y de puñal florido.

-Don Pepito, ¡vaya por una niña!...

Salió don José para satisfacer a este huésped comprometedor. "El Chichero" quedó con su sombra y sus armas. 2.000 bolivianos costaba su pellejo. Tragaba el licor con avidez. Retornó don José con una gruesa muchacha de mirar sombrío. Podía esta hembra ser su última carta de amor:

-Mi reina, beba con este pobre diablo.

Y le ofreció una copa doradita.

Habrían querido que él fuera criminal. Tanta humillación le había tornado en una charca las entrañas y, ahora, mataría.

-Un beso y un trago, mi reina.

"El Chichero" caía, plácidamente, como un crepúsculo, sobre aquella boca que mordía, ¡qué boca!

Mataría: esta noche, cinco cristianos; mañana, un matrimonio rollizo; después, ¡los que vinieran!

-¡déjeme olerle el alma, m'hijita!

Silverio Lazo olvidaba que el pueblo olfateaba sus rastros, que cada esquina podía ser exterior. Estaba feliz. Don Pepito sabía elegir el alcohol y las hembras:

-¡Ofrecen 2.000 bolivianos por su amorcito! ¡Voy a ofrecer 4.000 al que sea capaz de tocarme los pelos! ¡2.000 bolivianos por esta cosita!

La pareja se quemaba. "El Chichero" era un rubí grabándole los pechos a su compañera: sazón de lujuria.

Entró, sofocado, don José. Se había acordado, en el teatro, revisar las casas, una por una, para ubicar al

“Chichero”, y ya venía cerca la comisión. Era menester liquidar la fiesta, salvar las responsabilidades. “El Chichero” exprimió su instinto en un largo beso, y antes que la mujer atinara a nada, le envió un golpe formidable que la arrojó, sin sentido, lejos, como quien se desprende, rápido, de mucha luz.

-Perdone, don Pepito: ésta no debe saber nada. Tírela a dormir a cualquier camastro, róciele vino en la jeta para que la huyan los que entren...

-¿Y usted?- masculló don José.

-¡Ja, ja, ja! Yo tengo visto el burladero. Voy a meterme en una pipa cervecera vacía que usted mezclará con las llenas que allí se ven...¡Nada de mariconadas, don Pepe!

De un salto, desapareció “El Chichero”.

La comisión no descubrió a nadie. Había una borracha desvergonzada, 30 pipas de cerveza.

-Ya se fueron..._anunció, a la sordina, Sabaú, el cervecero.

Y “El Chichero” resplandeció, llovido de capitosas fragancias.

-Ahora, don Pepito, compléteme el gusto: ¡présteme la cama para revolcarme con aquélla!

Don Pepe callaba. “El Chichero” se desnudó y fue un crisol. La mujer, semi dormida, sintió que una bestia alegre la lamía los orígenes.

Don Pepe fumaba en la penumbra, cuando “El Chichero”, satisfecho se plantó al lado:

-Don Pepito, es usted muy hombre. ¡Tome!

Y le largó 4.000 *bolivianos*, era la paga por tanta bondad. En seguida:

-Y aquí va el abrazo del amigo.

Se fue “El Chichero” bajo la indecisión de la noche yodada.

Había que escapar. Y escapó hacia Chañaral. A pie. En diálogo con el sol. Allá, inesperadamente, una carabina selló su voz, en "Manto Verde": el cobre se apropió de sus entrañas...

(Por los aires de Antofagasta, "El Chichero" cercena estrellas con su cuchilla)

LOS PUÑALES QUE TRATA DE "EL PICOTEADO" Y SU AMIGO "EL RANCHO"

Hombre de pelo en pecho era "el Picoteado": manazas de nervios duros, roto de tonada agria y de muchas muertes en su historia. Había en su vida un amigo, como él, diestro en escribir blasfemias en piel humana. Era "El Rancho", residuo de ola sucia.

En Antofagasta, el dinero cantaba erguido. Había que saltar el mar y hacerse rico:

-¡Con tu amigo, "Ranchito"!

Y los dos pisaron la aurora de oro que despuntaba al borde de tanta lámina de soledad.

Trabajaron poco y remolieron más. La plata era preciso obtenerla de cualquier modo: mataron, robaron, jugaron, bebieron. Y parecían estar atados por una gran ligadura:

-"El Rancho" es como mi hermano, ¡más que mi hermano!

-El que ofende al "Picoteado" encuentra esta puntita -sentenciaba "El Rancho", mostrando el piquito brillante de su cuchilla.

Así, hasta que Lucrecia apareció detrás de una guitarra. ¡Magnífica copa de noche, Lucrecia! Estaban, como de costumbre, de juega:

-"Picoteado", mira esa lindura.

-¡Es la misma estrella de Belén, hermanito!

Lucrecia coqueteó con uno y otro y los hombres comprendieron que esa mujer podía ser la nube de hielo en su cielo de rajadiablos:

-No puede dormir con los dos "Picoteado" ...

-Lo que ella quiera pus, "Ranchito" ...

Y Lucrecia no decía sino fuegos y más fuegos.

-Yo me voy "al interior"; ¡te la dejo! Saboréale como si fuéramos los dos - decidió "El Picoteado".

-Así se hará, hermanito - concluyó, feliz, el otro. Se abrazaron los hombres y Lucrecia comenzó a dormir con su costilla.

"El Picoteado" se marchó a tantear sombras por el desierto.

La pareja glosaba el amor en terribles sábanas. Lucrecia era una abeja de miel embriagadora. Pero la miel hastía y "El Rancho", lleno de mundo, se fatigó y se desprendió de ella.

-¡No me dejís, "Ranchito" lindo..., ¡Estoy cosía a tu vida!

Inmutable, "El Rancho" liaba el cigarrillo del mal olvido:

-Pa' una vez, pa' veinte, pa' cien veces, etay bien; ... pa' más, ¡hay que ser santo..., o tonto! ¡Me voy!

Empezó a recogerlo el desierto.

Lucrecia hizo un atadito de cosas queridas y se encaminó tras aquel pedazo de piedra que besaba como en sol entusiasmado. Anduvo. Puna por adornos. Anduvo. La sed se enfurecía en su garganta.

"El Rancho" llegó a Carmen Alto: ahí cantaba y era obrero de primera el terrible "Picoteado":

-¿De dónde saliste, "Ranchito"? ¿Y la Lucre?

Escupió el recién llegado. Su cuerpo estaba hediondo a sol:

-Vengo del "puerto". ¿La Lucre? ..., ¡estará con otro, pus!

-¡Hija de la gran puta! ¿Te engañó, hermanito?...

-No, gallo : a mí no me deja nadie. ¡La boté yo!

Silenció con una cuchilla al cinto.

Esa mujer embravecía el pulso del "Picoteado". Nada dijo éste. Continuaron uno cerca del otro. Una tarde apareció Lucrecia:

-“Picoteado”, vos me habríai hecho feliz. Ese..., ¡es un maricón! ¡se cansó el caballero!

Una colina de rabia.

“El Picoteado” miró al “Rancho”:

-Agora, “Ranchito”, ajustaremos cuentas..., ¿Verdad?

-¿Cuentas de qué, hermanito?

-Vos sabís...Vamos pa’ onde no nos vea ni un alma

Tres sombras golpean la soledad caliente.

-Aquí será, “Ranchito”.

Y “El Picoteo” tiró su chaqueta, sacó su camisa, ¡bronce humano!, y comenzó a cortar sol con su cuchilla.

Lucrecia anduvo una vez más. Los dos machos brillaban. Cuchillas como flores de una brava.

-“Picoteadito”, me da pena matarte...

Silencio de arterias grises.

-Estaría de Dios, “Ranchito”... Los dos no cabimos en una mujer...

Un salto de sangre.

Pelean los hombres. Firmes. Las cuchillas rasgan la tarde. Pelean los hombres. La sangre ornamenta los caldeados pellejos. Uno mana sangre a la altura del

cuello. El otro, siente que la sangre le huye desde un costado. Sangre.

Lucrecia aguarda.

Hace una hora que pelean los antiguos amigos: guiñapos rojos. Los cuchillos van lentos y fieros. La tierra es una siembra de corales. Frentes, mejillas, gargantas, torsos, manos, todo es sangre. Las heridas increpan. Una gota de sangre en el aire. El sol huele a sangre.

Lucrecia se acerca.

Los hombres ya nada ven: es el odio la última hélice de sus puños. Jadean. Sangre y sangre.

De súbito, tácitamente, los hombres parecen pactar el fin del duelo: es preciso concluir. Y se lanzan, como emergiendo de una convalecencia insospechada, al ataque. Avanzan cuchilla enfrente. Y las cuchillas se encuentran y los enemigos se tocan, recíprocamente, y caen al mismo instante, agonizando. Sangre y mujer arrodilladas. Jamás ninguno volverá a lucir, como una canción, su gracia y su coraje. Se mueren. Se aprieta el sol a tanto escombros húmedo y cansado...

-¡Mis pobrecitos!...

Lucrecia, como puede, les aproxima y, así, cuerpo a cuerpo, les deja para el sudario del abandono. Cien años más tarde pensarán en dos hermanos...

Una mujer avanza como sostenida por un ángel de fuego, una mujer.

DESCUBRIMIENTO DE "CARACOLES"

Era como una sombra blanca en la codicia de los hombres. Se hablaba de su bondad con la mirada abierta a la esperanza. El "Cerro de la Plata" bebía la ilusión de los cateadores de 1870. Alguien le había entrevisto, a la distancia. Y su resplandor le cegó. Otros juraban por las cenizas de sus deudos, que aquel cerro maravilloso cambiaba de sitio, que era un bello fantasma extraviado en el desierto. Nadie había dormido junto a su estupenda riqueza. Viejos mineros pedían prórroga a la muerte, ya no para enriquecerse, sino que para llevarse a la tumba la amada visión del cerro esquivo. Sería como llenarse los ojos de una dulce imagen inolvidable. Los mineros jóvenes, atuzándose los bigotes agresivos, lo soñaban: un cerro centelleante, parecido, acaso, a un seno lleno de fulgor...

Se contaba que el desierto lo guardaba misteriosamente. El desierto es una hoja de fiebre. Difícil resulta la trampa. Pero debía hacerse, puesto que cientos de cateadores envejecían en inútiles travesías. Ninguno realmente le vio. Habría quienes, en las noches, se alucinaban por un llamado de luz que temblaba remotamente:

-¡Es él!- gritaban.

Y partían presurosos como una cita largamente esperada. La noche se encargaba de bajar sus párpados enloquecidos de cansancio y de ambición.

El "Cerro de la Plata" pertenecía, por derecho de sueño, a los mineros de entonces. La fortuna yacía entre sus laberintos fecundos como una hembra capaz de resolver todos los enigmas del destino.

¿Es que el desierto aguardaba a un cateador especial para entregarle, dócil, el cerro fabuloso? “El Cangalla”, cuando el alcohol le hería de furor las miradas, se explicaba la dificultad del hallazgo, diciendo que el desierto se abría lo mismo que un sexo femenino y se chupaba al cerro maldito, en un espasmo bestial y gigantesco.

-¡Se lo traga el carajo, el gran maricón! ¡Y gozan los condenados!...

“El Cangalla” se pasaba días enteros con las pupilas puestas en trance de aventura, tendido en la soledad de la pampa, solo, quemándose de impaciencia.

Ramón Méndez, “El Cangalla”, le hablaba a su hermano José acerca de sus cálculos. Un día, la plata dormiría con ellos, en el mismo lecho.

Ramón Méndez y su hermano José habían servido a José Díaz Gana y al barón de la Riviere, en dos excursiones vacías. Ahora, emprenderían la tercera. Junto a ellos estaban el jefe de cateo, Simón Saavedra, Ramón Porras y Exequiel Reyes. Eran hombres en los que el sol confiaba. Piernas que se habían endurecido en jornadas agobiadoras; labios donde la sed podía morir sin respuestas, y ojos hechos a la medida de los más tristes horizontes.

-¡Es la vencida!- decidió “El Cangalla”, en tanto que sus compañeros bebían la copa de los empedernidos en una fonda calameña. Y fue.

Los hombres dejaron el pueblo y se lanzaron a la conquista del cerro que constituía para ellos, para los mineros de avaricia en pecho, el nudo de sus vidas.

El sol era el mismo. Pero latía un extraño fulgor de presagio. Los cateadores iban desparramados. El desierto se extendía en su brutal verdad de plato de

sal. “El Cangalla” mascaba coca y sus ojos se habrían saltado de las órbitas por correr velozmente a todas partes, a objeto de agotar el panorama.

El trabajo no era nuevo: ¡cuántas veces cruzaron la pampa en idéntico esfuerzo! Sol y piedras. El silencio se podía tocar. “El Cangalla” transpiraba. Simón Saavedra, también. Porras le susurró a Reyes, envuelto en una sonrisa cruel.

-Si el sudor fuera plata, ¡ya estaríamos hartos!... Reyes no contestó. El silencio era un látigo.

Vertical del mediodía.

La tarde empezó a desplegar su tristeza. Los mineros, jadeantes, no querían perder ni una pulgada de claridad. Si una mano fuera buena lumbre, ¡la quemarían para mirar hasta las entrañas de la noche!

“El Cangalla” se frotó los ojos. Pequeño, igual a una cabeza de alfiler, algo brillaba. ¿Sería el cerro acariciado? Lo que divisó “El Cangalla” lo vieron los otros. Mas las palabras perdían su eficacia. Mudos, como atados por una misma cuerda de oro, los cinco se arrastraron en igual dirección. El presentimiento es un ala en mitad del pecho.

“El Cangalla” no soportó más. Una voz desconocida le murmuraba en el oído:

-¡Estáis cerca!

Violento y feliz, besó a su hermano:

-¡Lo pillamos!

José asintió con la cabeza gozosa. Los otros sonreían. Habían cogido desprevenido al cerro difícil, al cerro macho. Allí, próximo y quieto, el “Cerro de la Plata” se alzaba con su magnífica realidad.

-¡Oh, saquito de los pobres!- clamó “El Cangalla”, mientras sus compañeros querían rodearlo en una ingenua cadena de brazos nervudos.

Caracoles muertos había por millones. La noche se asociaba a la felicidad de los cateadores con una luna grande, como lanzada por un mago jovial. "El Cangalla" besaba el nacimiento del cerro; la fortuna estaba al alcance de un beso.

Simón Saavedra temblaba. La plata le abriría la blusa a la mujer amada, como una caricia imponderable. En el suelo blanqueaban caracoles y existían, así, dos cielos con estrellas diferentes.

Era el cerro en cuya busca murieron innumerables mineros. El cerro terco. El cerro que cientos de cateadores dibujaron en su deseo, como una enorme paloma de nieve.

Acampó la caravana. Simón se acercó al cerro y trazó una gran cruz en su falda. Era el exorcismo fundamental:

-Por si rondara El Malo...

"El Cangalla" tomó una estaca y la clavó. En seguida, amarró a ella un larguísimo cordel y con el otro extremo se fajó la cintura:

-¡Ahora no se nos escapará!- arguyó serenamente.

El "Cerro de la Plata" había sido aprisionado. Una fogata llameó entre las grietas de la noche. Los hombres no hablaron. Realizaron sus quehaceres automáticamente. En secreto anhelaban cosas absurdas, pero seguras: por ejemplo, no desdeñarían quedarse, por esta vez, sin brazos, si éstos se convirtieran en centinelas y cercaran el cerro.

Llegó la hora del reposo con su marea de suavidad. ¿Quién podría dormir esa noche? Los cuerpos se tumbaron, no el ánimo, que siguió de pie. Languidecía la fogata. La respiración se percibía nítidamente. El silencio agrandaba el contorno del mundo.

La plata, dentro de sus dédalos oscuros, trabajaba sus ruidos. En la noche del desierto se oyeron golpes sobrecogedores, alaridos, un gemido capaz de empavorecer al guerrero más firme. Los cateadores se recogían en sí mismos. A la voz de la plata le contestaban la respiración humana. Diálogo desgarrador. La plata se rebelaba. La plata fingía el acento de las blasfemias. Los mineros no entendían. Sin embargo, comprendían que el metal hablaba. Que el metal dictaba, tal vez, un mensaje tremendo. La luna era una rueda distante - rueda para remover las lejanías de los sueños.

Si "El Cangalla" hubiera poseído las claves de la Creación, habría interpretado aquel discurso conmovedor. La intuición traducía únicamente la furia de la plata vencida por el hombre. La plata sufría. Gracia de la Naturaleza, acababa de ser derrotada en su orgullo de magnífica solitaria. Su virginidad se convertiría en gala de la vanidad de los hombres: su pureza quedaría reducida a un círculo de amor, a una longitud de muerte, a unos cuantos útiles de hermosa fatuidad!...

Los cateadores estaban al borde de la fuga. La voz de la plata sonaba roncamente. Era un mar pujante.

Desertar equivalía a perder, para siempre, el tesoro tan fatigosamente logrado. Y callaban, inundados por un sudor que hería con la impiedad de los colmillos. Pensaba "El Cangalla" en poderes sobrehumanos que ayudaran a precipitar las horas para el canto del amanecer. El cerro rugía bronco. Amenazaba con reducirse a bestia y asaltar el campamento, como un espectro vengador. "El Cangalla" se tentaba el cordel con sumo cuidado. Su

mano tiritaba y no era posible disfrazarla ni de noche ni de piedra.

Las estrellas vertían su luz. Nunca odiaron, como entonces, los hombres, este servicio leal del firmamento. El "Cerro de la plata" se entregaba al hombre, llorando como una mujer.

LOS CATEADORES

El cateador no tenía ojos. Llevaba dos nidos de lince en su lugar. Y adentro de él iba otro hombre sutilísimo, lleno de intuiciones para presentir el yacimiento con sus riquezas.

Ni la mujer ni el alcohol eran capaces de retenerle. Y cuando se acercaba a una amante, lo hacía con paso cauteloso, con la mirada interrogante que tendía, en su derredor ávido, por los desiertos. ¿Eran una forma de homenajearla, puesto que iba como en busca de la perla y del metal que duermen en la carne de la mujer amada? El vino lo bebían los cateadores sin apuro, y acostumbraban observar detenidamente el fondo de sus vasos, por si una mano misteriosa ocultara, allí, un derrotero magnífico...

No era varón de palabras el cateador. Su idioma estaba hecho de miradas llenas de fuego. Esos ojos estaban pulidos por la distancia y el color se hacía lejano en el iris, tornándolos en puntas de luz. Los cateadores vivían, en realidad, con sólo dos órganos: ojos y corazón. Ojos para abarcar el círculo gigantesco de la pampa. Corazón para impulsarse contra las tentativas desgraciadas y las apreturas cada vez mayores.

El desierto era una gran piel de oro en donde corrían pobres sombras ambiciosas en busca de la oscura clave de la fortuna. Algunos tuvieron suerte. Los más, vieron llegar la muerte y la vejez con demasiada ligereza, sin tener, en verdad tiempo para vivir: 50 ó 60 años los pasaron andando a las espaldas del mundo, con la soledad prendida a sus hombros, desharrapados y barbudos, hediondos a exceso solar, a tierra virgen, maldiciendo y esperando. Cada

amanecer les dejaba una miel optimista en los labios. ¡Partir, de nuevo, a la hoya de la riqueza! Y las Estaciones pasaban con sus paramentos distintos y era el mismo tesón el del cateador, perdido más allá de toda ternura, más allá de todo ensueño.

¡Oro, salitre, cobre, plata! Palabras más gratas que nombres de mujer. Palabras a prueba de sol y de espanto, de hambre y de llagas.

Muchos hombres del desierto engrandecieron de hombría la dura virilidad de las pampas y sus nombres han quedado como las denominaciones de una carrera de titanes, como los cardinales de un ciclo de epopeya: los copiapiños Diego de Almeyda, José Antonio Moreno, fundador de Taltal (en 1852), y Rafael Barazarte; José Santos Ossa; José Díaz Gana, porteño y arriesgado; el quillotano Enrique Villegas; y Justo Peña, muerto con la mortaja de su pellejo, roído por la miseria y con las manos ahuecadas como para recibir un tesoro fantasma...

Juan López y Hermenegildo Coca se abren en la eternidad como los dos brazos de ese río de arena que le cae al mundo igual que una quemadura horrorosa.

Y ningún relato -acaso- habla más hondamente del instinto del cateador, que la vida del español Victoriano Pig González. Creció con el hambre del azar en sus labios y se hizo al desierto como un marino que investigara el poder del viento en un océano desconocido. ¿Cuántos años vagó y vagó? ¿Qué importan las fechas! Una vez, un pie sintió la picada de la gangrena (lo devoraba el ateroma arterial). Don Victoriano se decidió: ¡cortarlo! Y, así, el cuchillo fue, poco a poco, subiendo por sus piernas, devorante, insatisfecho, hasta que sumó diecinueve amputaciones. Era prácticamente un busto tembloroso y sediento. Lo

máspreciado del cateador había quedado en los recipientes de un médico cualquiera. ¿Era esto bastante para tornar al hombre en la estatua de la desventura? ¡No! Don Victoriano había sentido el rumor grandioso del infinito en sus temporadas de exilio y de esperanza, en el desierto. Se fabricó una carretilla y, sentado en ella, se lanzó, por quién sabe qué vez, a catear el pecho de la pampa. Es de imaginar la vertical moral de este varón que no se detenía ni aun ante el fracaso macabro de su propio cuerpo. ¡Era cateador!, vale decir, hombre de horizontes. Y como tal no podía permanecer en la paz de un hogar donde la caridad y la comprensión abrían sus alas pueriles. ¡Ancha es la ruta de la muerte! Don Victoriano recorrió la pampa en su extraño carruaje. Se arrastró. Sufrió. Pudo morir lentamente en la sombra de una casona vulgar. Pero ¡cuán tentadora era la mejilla dorada del desierto! ¡Allá, a morir como un hombre de fuego, como los capitanes en el puente de mando de su nave!

Las huellas y la soledad, el calor y las "camanchacas", la puna y el silencio, se hicieron un lado para dejarle paso a este hombre que les desafiaba con apenas un metro de humanidad. El sol envidió la entereza de este cateador y las arenas tuvieron para su peregrinar una extraña suavidad.

¡Así eran los cateadores!... ¡Los reyes que despreciaron el mundo por una veta de fulgor, los novios de la virgen que dormía intacta en la médula del oro, los cruzados de una Jerusalén enclavada en el confín de la plata!

¡Paso a los cateadores! Los huesos del mundo se llenan de una luz que conmueve a la muerte, y en cada corazón, un fino minero golpea -ciego- buscando la veta más noble...

LOS PUÑALES SANGUINEA

Tremolaba la alegría. El vino era un encaje en el corazón de los hombres. Había plata.

-¡Métale voz a la noche, compadre!...

Sonaban las guitarras: un mar en puntillas.

“El Minero” llegaba de las minas de Caracoles con los bolsillos guatones de billetes. Pisaba con arrogancia y el bigote le caía como una lluvia filudita encima de la boca. Verdes los ojos de señor de los pueblos acogotados de sol. Era pendenciero y ladrón. No le quitaba el lomo al trabajo y, cuando había que cantar, izaba una voz linda y honda.

La cantina olía a corral de instintos. “El Minero” andaba con su hembra y sólo le preocupaban los negros estíos que alzaban en ella sus resplandores:

-Es usted mi Nochebuena, joyita.

Y los labios se trepaban a la boca de la mujer.

Nadie reparaba en ellos: habían como extendido en su derredor un gas celeste y protector, una muralla de intimidad.

En el mesón, un bolivianito locuaz abofeteaba el aire y era un foco de rojas palabras. Tenía corro.

-¡Carajo que me costó sobarle a patadas el poto a ese chileno...! ¡Cómo me daba vueltas el condenado!
¡Ja jay, paisano del diablo!

Y los amigotes del bolivianito aplaudían y brindaban:

-Y, ¿quién era, pues, del chileno aquel?

-¡Quién había de ser, pues, tocayo: “El Minero” ...!

-¡Oh, “El Minero” ...!

Y seguía la historia: en una pendencia por una

mujer, el bolivianito se le iba encima y el roto se retorció.
¡Salud!

Tanto levantó la voz el bolivianito y tanto nombró al “Minero”, que éste, a pesar de su distancia de alcohol y mujer, se oyó citar y puso atención. Una estrellita le quemaba las manos. ¿Dónde había visto a este hombrecillo que le ensuciaba la fama? ¡Ni en pelea de perros!

-Voy a negociar con ese un rato – le comunicó a su compañera.

Y se encaminó, recto.

-Amigo, déjeme que lo felicite. Quien le pega al “Minero” es muy macho, ¡muy macho!

El bolivianito se encendió.

-Gracias, gracias...¿Bebe con nosotros? Un amigo más...

“El Minero” se mordía:

-Cuénteme cómo se la zurró al chileno, amigo...

Y el bolivianito volvió a sus fantasías. “El Minero” sonreía con el alma bien al fondo de su bandera chilena desplegada. Era necesario castigar a quién barría el suelo con su orgullo, pero el minuto aún no surgía: el minuto de la reparación y de la revelación.

-¡Pobrecito “Minero”, cómo hacía fuerzas para tragar sus lágrimas!

Más copas. Más fanfarronadas. ¿Cómo promover el instante de la reivindicación? ¡Ay, ángeles de la venganza...!

“El Minero”, medio herido en los rincones raciales y medio ardido como hombre de vinagre en las entrañas, no aguantó mucho:

-¿Cómo es el tal “Minero, amigo?

El bolivianito trazó una caricatura. “El Minero” estalló:

-¡“El Minero” soy yo, “cuico” huevón!

Y, rayo en cólera, su puño aplastó la conciencia del bolivianito. El corro se le fue encima, veloz. Tarde era para un varón tan fino de alas como el roto: ya estaba “El Minero”, cuchilla en mano, arriba del mostrador, repartiendo cintas de sangre en los rostros, en las manos. La cantina era una humareda de puteadas y de cosas en el suelo. “El Minero” triunfaba, como siempre: otros rotos brincaban a su lado y las cuchillas imponían su ley.

Cuando “El Minero” fue dueño de la situación, buscó, por entre las sillas y las mesas derribadas, al bolivianito, y alzándolo se lo echó al hombro, saliendo puerta afuera. La mujer iba atrasito. La cantina se quejaba. Volvió la paz. ¡Salud!

Con su cargamento a cuestras entró a su cuarto. ¿Qué haría? ¿Cómo castigar a la ofensor?

Allá volvió en sí el bolivianito. Era un espectro:

-Ahora, vas a terminar de pagármelas, indio jetón.

Y a su mujer:

-¡Empelótate!

Una escultura de cobre.

-¡Hácete hombre con ese cuerpecito, desgraciado: ahí tienes carne!

Una mujer espera. El bolivianito enloquece. “El Minero” toma asiento y le ríe la bestia de las venas. Se para.

-¡Este hombre es “El Minero”, sabandija!

Y, yéndole encima, lo ata en una silla. Luego, se desnuda y galopa en la mujer su más hermoso camino de macho. El bolivianito está desorbitado. El sexo le muerde más que una agonía. Allá la carne agita su estupenda tonada y el mundo es una rosa echada a orillas del lecho.

Jadea la pareja: se le sale por los poros la salud. El bolivianito, temblando, ha sido la mujer de sí mismo: le gotea el placer avergonzado a lo largo de los muslos. “El Minero” lo presente y goza: ¡ah, pequeño Prometeo en celo!

-¡Ya está, pues, valiente! ¡Ándate regando las calles!

Un hombre lleva la lengua vuelta salmuera: las calles han variado de posición; el cielo parece de piedra; desde debajo de la tierra se oyen ruidos que encrespan el alma...

“El Minero” acaricia un seno de su amante.

DE SEMBLANZA DEL NORTE CHILENO

I. SUSTANCIA Y EMOCIÓN DEL NORTE CHILENO

La anatomía de Chile es fina y arbitraria. La cabeza fulge lejos de sus pies, calzados con propiedad de rey: en hielo, blancura y distancia. De su cabeza, o sea, de su esencialísima zona, la nortina, hablaremos, ahora. En imagen y realidad, el Norte es la cabeza de Chile. Cabeza de frente rotunda, por ella se desplaza el sol más brioso que hayamos admirado jamás; un sol dueño de sí y lágrimas de Satanás y patria, también, del espejismo: la hermosa máscara de la muerte.

A pie de este sol: semillería de piedras, colores que envenenan, muerte. ¡He aquí la fotografía de la pampa chilena! Y, sin embargo, allí ha sido -y es-, la vida, el acento dominador. Vida que fue menester traer con el agua y el coraje, venciendo a la puna y a la sed, al acaso y al desengaño.

No se le definiría mejor que: Universidad para Endurecerse en Hombre. En sus pardos abandonos, éste fue sintiendo que su piel se volvía resistente y brillante, casi piedra; y que el corazón, a su turno, se metamorfoseaba: concluiría en pedrusco, mas, en pedrusco gobernado por misteriosas leyes de ser y de victoria.

El corazón encarna, en el páramo, una gracia redonda y colorada. Merced a su conducción de arrebató, fue posible este milagro: domar el desierto y sus desventuras, domar lejanías y sacrificios. La conquista y el desarrollo de nuestra pampa representan el trazo más profundo de la épica industrial.

En parte alguna fue requerido el corazón con violencia igual: cuando, en 1866, Alfredo Ossa, Juan

Zuleta y Martín Rojas descubren las capas feraces del salitre del salar del Carmen, no gratifica el azar porque sí a José Santos Ossa, base de la afortunada caravana: le gratifica por la segura espera que hizo, de hombrada en hombrada, desdeñando olvidos, miserias y destierros, mucha sombra amarga que sólo se aguanta por clase de corazón. Cuando obreros chilenos tienden la primera línea férrea en territorio boliviano, es el corazón, más que sus manos, el que golpea en el hierro. Cuando, al promediar 1890, ondean las primeras banderas que reclaman Justicia Social, en Tarapacá, es carmín del corazón pampino el que se vuelca en sus pliegues. Cuando, en 1902, la "Combinación Mancomunal de Obreros", de Tocopilla, aguza la grita rebelde, el corazón respalda los deberes. Y es el corazón, el oriente legítimo por el que despunta el Obrero de los Obreros de Chile: Luis Emilio Recabarren Serrano, muerto el 19 de diciembre de 1924, después de fundar la prensa obrera nacional y guiar la Gran Federación Obrera de Chile.

¡Bella y poderosa cabeza, la de nuestra patria! Su erario dependió, magníficamente, del sudor de los "ripiadores" y "paleros" de Tarapacá, Antofagasta y Taltal. Chile sembró en sus "rajos". Y en los "rajos" se rehizo el chileno, brotando una faz aguerrida, de inconfundible masculinidad: la del pampino.

La pampa cinceló al chileno del Sur, al "enganchado", acostumbrándolo al tamaño del heroísmo; lo depuró de escorias sentimentales: pero, ni le desfiguró ni le debilitó en lo cordial y fecundo: en su corazón. El pampino ignora lo mujeril, la treta, porque la sabiduría del vivir opulento le entregó las llaves del reino tremendo de la sangre en llamas.

El "roto" del Sur, seducido en cualquier

“enganche”, presumía que, en la pampa, el oro era maná de levantar con la punta de los zapatos. El despertar fue una bofetada: en el desierto, las perspectivas negreaban los ojos. Lentamente, la pampa principiaba su obra: la re-creación de los varones que le confiaban para su movimiento de millones de pesos y de espectros. El campesino se desprendía de su aire frutal, leve y transparente, para erigirse en juez de su propio destino:

*“Vende el “guasito” sus vacas,
sus caballos ensillados,
porque dicen que en el norte
ganan la plata a puñados”*

*“P’al norte me voy, me voy,
p’al güen norte calichero,
donde seré un caballero
de bastón y de “tongoy”.*

¡Algo noble se ganaba, después de todo, examinarse, íntegramente, para reconocer al Hombre! Por ahí, empezaban a desteñirse el temor y el respeto “al rico”. La máquina contribuía en lo demás. La lucha social, de este modo, repartíase y era el corazón la sola energía que desbarata el enjambre de las balas; si no, ¡qué lo atestigüen los muertos de las masacres de 1890, de 1906, de 1907, de 1921 y de 1925! El norte social de la república lo fijó esta cabeza amarilla, impregnada por salvia solar.

Puro temblor de corazón es la historia del Norte de Chile: en 1919, las mujeres de Antofagasta impidieron que un tren de rompe huelgas “subiera! “al interior”, acostándose en la línea férrea: si pasaba

el tren, continuarían rojas sus ruedas, proclamando su ignominia en cada vuelta. "A pata pelá", miles y miles de trabajadores cruzaron la pampa, dibujando el mapa perfecto de la Necesidad; su reserva de fuerza era un tarrito con agua. Los calicheros, a espalda desnuda, probaron que el corazón del "roto" es una colmena, maravillosamente, rica.

Clodomiro Castro, exigido por el corazón, decidió, en 1896, su conducta de poeta, escribiendo "Las Pampas Salitreras", valioso e ingenuo documento, primer homenaje a la industria en las letras chilenas:

*"La mecánica allí su asiento tiene,
y con ella rudísimas faenas..."*

Los bandidos de nuestro desierto amaron y lloraron con la cuchilla en los labios anhelosos; más que maldad, fue carguío sutil de aventura el impulso de sus manos. ¿Olvidaríamos a Silverio Lazo, "El Chinchero", quien para salvar su pellejo, avaluado en dos mil "bolivianos", se ocultó en una pipa de cerveza y burló, fragante y solemne, la fiereza de la policía?

Dentro del redondel caldeado de nuestra pampa, anda la Vida, con sus velas desplegadas, la Vida fuerte; y en sus arenas, que no repiten dos veces la misma huella, duerme el dulce nitrato de sodio, savia de eternidad que ayuda a la Tierra en su tarea sagrada.

Leche coagulada, prodigiosamente, el salitre expone en sus blancos, salpicaduras de sangre. Es la sangre de los cateadores y de los soldados "del 79", la sangre de los héroes de su industria, de los ilusionados y de los siervos de sus bastiones calientes, demolidos por el paso creador del hombre.

Hijo de esta predilecta de la muerte es el

“empampado”, que se agarra a sus terrenos “de un paisaje lunar, de un mundo sin agua y sin atmósfera”, renunciando a la tentación de las ciudades. El “empampado” patentiza el influjo cuantioso de esta tierra, que se extiende en olas de silencio y de polvo y en cuyo seno el virtuoso nitrato dispensa, espléndidamente, su aliento restaurador, su brío de padre.

II. COSAS DEL NORTE

El Norte de Chile evidencia categoría de superficie única, especie de asiento del imprevisto. En el Norte, cada asta del sol es un tal vez... En cualquier huella que le garabatea, es posible apresar un derrotero para el caudal de la aventura.

Personajes de resistencia extraordinaria, el viento del desierto difiere de los demás que giran por nuestros cielos: es impetuoso, como aleación de cóndor y cuchillo. Es el viento devorador de huellas: celosísimo de su pista, no tolera más sombra que la suya. Sustentamos, en "Norte Grande", la subsistencia de estos dos vientos en la pampa: el Viento y el Viento de la Suerte. El primero ejecuta su cabriola audaz por los techos del espacio; danza su majestad y borra la memoria de toda huella. El rastro del hombre dura lo que el Viento demora en alisar estas serranías. Semejante a su padre, es el Viento de la Suerte: elimina el nexo de los destinos; ciego y frío, los maneja y, a veces, los desvía a un traspié de sombras. En la Pampa Vieja, culminó su apogeo. La Pampa industrializada concentra a las masas humanas y aquel antiguo despeinamiento de vidas apenas si continúa en la minería de los pobres:

"Las huellas no duraban demasiado. El viento no lo permitía. Cada huella era un trazo de esperanza extendido hacia el oro. La pampa no deseaba ningún recuerdo. El viento, su maestro de olvido, no cesaba en su ardor. Así, también, sucedía con los hombres. Se les veía un instante y, luego desaparecían. Otro viento, el del azar, les movía siempre". (pág, 75)

El viento de la pampa se contorsiona y

distorsiona, resuenan las articulaciones de su juventud inmarchitable, ase pedruscos, tierra, huesos calcinados y los arroja en braceo de quien los encomienda al demonio. El médico y poeta Antonio Rendic I. diseñó, garbosamente, para nuestras ternezas pampinas:

*“ Saltimbanqui de la Pampa,
trompo de viento, cucarro,
que saltas, corres y giras*

*y al cielo subes, bailando,
sin que tu púa se aleje
del lomo gris de los llanos.*

*Maestro de las maromas,
trapecista del espacio,
¿dónde, di, está la cuerda
que te impulsará en el salto?*

Antofagasta disfruta de los abrazos de su viento particular. El “calameño”. El “calameño” es hijo madrugador y saltarín, del gran Viento. Cuando de amanecida baja a la ciudad, desde su nidal coronado por el blancor andino, estalla en carcajadas. El “calameño” bate impertinencias de trasnochador simpático y bravucón

El “calameño” es pronóstico de soles espléndidos:

-Esta mañana sopló el “calameño”: habrá lindo sol- sentencian los antofagastinos. Los niños tiemblan azorados cuando este viento se abocina en las calles: ¿los transportará al otro extremo del mar o de la pampa?...

El viento tamborilea su persistente alusión en la mente nortina: Chiu-Chiu es: La de los Vientos. En el

límite de Antofagasta con Taltal, suspende el nombre encantador de esta estación ferroviaria: Los Vientos.

Los desiertos semejan páginas –las únicas–, capaces de perpetuar las digitales de la muerte. Más, por el equilibrio de la vida, los desiertos no son un ceño perpetuo de odio: sonríen en sus espejismos. Suma de ilusión y peligro, los espejismos relumbran, como cristales de fatalidad. En la pampa actual, recorrida por vehículos veloces, la aparición de los espejismos no perturba a los viajeros: ¡cincuenta años ha...! Hoy se les observa, irónicamente, como a fieras conjuradas.

Comprende el Norte dos caras distintas y supremas: el sol y la sombra. Jano silencioso, atisba calores y fríos absolutos. Mientras el día del Norte es una fragua, su noche chicotea con ramalazos de hielo. La noche nortina es una caja de resonancias. Los metales y las piedras gimen, se quejan, lloran, cantan, gritan, ¡hasta se “oye” la respiración del silencio!.

Durante nuestro viaje en el Primer Vagón Cultural de la Universidad de Chile, en 1951, el B.C..t. 245, Red Norte, permanecemos en la Estación Chañar, por dos días; en las noches, abandonábamos el Vagón y recorríamos la línea férrea sobrecogidos por la confusa murmuración de multitud que nos venía de las sombras distantes. Para nuestro hechizamiento, este ruido no era sino la voz unánime de los mineros muertos del Desierto de Atacama, hablándole al tiempo, develándonos su drama. Nunca, como entonces, nos pareció el silencio tan henchido de mágicas serpientes.

Augusto d’Halmar vio y escuchó el misterio de la pampa, desasosegándose por indagar la fuente de estas dos sílabas:

“...esa sonora y a la vez afónica palabra Pampa,

con algo de aborto de trueno, algo de tambor con sordina de los llanos y algo de repercusión en lejanías sin eco”.

La síntesis cromática de la patria despunta en el Norte: el blanco del caliche se une al rojo del cobre y al límpido azul de su firmamento, donde el corazón idealiza una estrella. Ernesto Montenegro nos la describe en su despilfarro de colores:

“Asoma la pampa, árida hasta lo infinito, con ese color retostado del suelo laminado por las llamas de un incendio”.

“Agrias serranías la cortan en valles profundos y estrechos, que el sol del mediodía colma con su reverberación. Los faldeos se van tiñendo de matices variados, aquí de un rojo cobrizo, allá de un bronce amarillento. Es el salitre que se anuncia por encima de la costra que lo guarda”.

Las ventajas humanas del chileno alcanzan en la pampa, notoria excelencia. Aquí recordamos que el austero escritor español Eleazar Huerta decíanos, en charla personal, que la verdadera colonización, en su estricto sentido de poblar y cultivar, civilizar, no fue, aunque lo supongan, gloria de las grandes potencias colonizadoras, sino que de los esforzados mineros chilenos que, soberbiamente, fecundaron el páramo.

Los mineros nacionales colonizaron, plantando ánimo y destino en tierras desnudas: nada, nadie facilitaban vivir. La tesis de Huerta no es alabanza comprometida: los chilenos se allegaron a lo desconocido, aquello hosco donde los caminos no se presentían, donde ninguna garganta antes que la de ellos lanzó, cielo arriba, el mandamiento de sojuzgar piedras y reveses. No les aguardaban ni medios ni criaturas, el agua era una ausente de presencia cruel.

Estaba, única y feroz, la palma de la pampa. Los chilenos poblaron y cultivaron, civilizaron, con la boca llena de horizontes.

Esta pampa sin trinos, verduras ni manatales fue, prontamente, un clamor de máquinas trepidantes. "Vegetación negra" las figuramos en "Chile, Fértil Provincia". ¿Quién, constatando su aspereza, concebiría un árbol en su regazo? La flora nortina, sin embargo, prolonga los florecimientos que el hombre exigió de su entraña. El Capítulo IX -"Flora Deserti"-, del "Viage (sic) al Desierto de Atacama", del doctor Rodolfo Amando Philippi, ordenado por el Gobierno de don Manuel Montt, Verano de 1853-1854, cataloga cuatrocientas diecinueve especies vegetales.

Los tamarugos, los pimientos y los chañares alegran el ojo del nortino, son sus bastones de alma. Los tamarugos, Algarrobos de altura, profieren su exclamación de verdores en Tarapacá, sensibilizando el agrio panorama. Roberto Hernández tributa afectos a los tamarugos, porque "fueron desapareciendo en obsequio de las industrias que tomaban creces":

"Los bosques del Tamarugal han intervenido de una manera directa e inmediata en la creación de la industria salitrera y fomentaron, con detrimento propio, su vasto y rápido desarrollo".

Los pimientos balancean sus greñas a lo largo del Desierto de Atacama. Son árboles venerables y venerados. Su fruto rojizo, quebradizo, secón, le pinta cien mil pecas de fuego. Los pimientos son árboles busca-vida: en cierta ocasión, se nos invitó, en Antofagasta, a verificarlo. Un pimiento envejecía; a regular distancia de sus raíces, instalaron una llave de agua, al poco tiempo, hubo necesidad de excavar por esa parte y se constató su admirable sentido de

supervivencia: las raíces del anciano pimienta habíanse orientado, bajo la tierra, detrás de la humanidad tonificadora. Árbol de mineros, minero él mismo, el pimienta reitera la conjugación de valores morales que demanda nuestra Norte para vivir:

“El pimienta es un minero que se convirtió, en proceso de sangre y de fortuna, en un árbol extraño, de pie más allá de toda flora, como pariente aventurero y solitario”.

Guillermo Rojas Carrasco interpreta a los chañares:

“Símbolos de la unión, crecen y viven agrupados. Sus fuertes espigas les forman una coraza defensiva que impide la aproximación de los intrusos y que evita los daños de los malintencionados. Su madera es ruda como los rudos músculo del minero; en su tronco se mellan las hachas como el infortunio se desgasta contra la inagotable tenacidad del cateador”.

La escritora copiapina Rosario Orrego de Uribe, en su poema “A Copiapó” (Valparaíso, octubre de 1861), con un grumo de abatimiento rememoraba al chañar, “ese árbol de la fruta bendecida”:

*“No pisaré ya más esos lugares,
do crecen los chañares,
ese árbol de fruta bendecida,
desnudo y secular cual la palmera,
que así como ella en el desierto impera
dando al viajero con su miel la vida”.*

Los chañares aprietan pulpa de obsesión. Los que le prueban, no podrán despegarse del sitio donde los saborearon por primera vez. La coplilla popular lo salmodia:

*“El que coma chañar
tendrá que regresar”.*

Fruto de la nostalgia, el chañar, como el desierto, ejerce la influencia de un Siempre tenaz en aquellos que lo gustaron. El chañar, en este aspecto, resume al desierto atrapador, al desierto que, como el chañar, melancoliza a los desertores, obligándoles a humillarse, definitivamente, a su hegemonía.

Señera faceta de la constancia nacional para domesticar las milenarias piedras nortinas, es la obra del Alcalde Modelo de Chile, doctor Maximiliano Poblete Cortés (1912 - 1930). La Avenida del Brasil en Antofagasta. Es interesante el nacimiento de esta arteria, otrora olorosa y deleitosa: era una pista de carreras. El Alcalde Poblete ideó lo siguiente para transformarla: solicitó a los barcos que recalaban en nuestra rada por embarques de salitre, que trajesen, como lastre, tierra de las tierras de su procedencia; se fue amalgamando mundo en nuestra futura Avenida. Tierras de allá y de más allá fertilizaron las cuadras muertas de la “cancha de caballos”. La Avenida del Brasil creció encima del favor mundial que la nutría; la fusión creadora de tierras posibilitó sus beneficios de gracia, a orillas del mar y de la pampa. El trueque de vitalidad, los barcos cargaban abono salitral, descargándonos tierra para erguir este paseo, que asevera la voluntad chilena de no abatirse ante su páramo:

*“Que no es milagro pequeño,
ni esfuerzo sin gran relieve,
hacer que en la roca broten
floripondios y claveles”.*

En lo humano, el entrecruzamiento provocó, en los puertos nortinos, curiosas trabazones. El mundo se hormó en nuestras costas y fueran vitrinas de la humanidad:

“Comienza un agente suizo por recomendar al recién llegado las comodidades a doce pesos diarios, sin comida, de un hotel francés; y un cochero italiano atraviesa su victoria para que un españolito de boina nos suba la maleta al pescante”.

“A los almacenes chicos austríacos, suceden la botica alemana y el “english store” de artículos de lujo”.

De la “camanchaca” neblina mojadora, no podríamos prescindir en un cuadro de Cosas del Norte. Daniel Riquelme la adjetiva: “terrible”, en su cuento “Un héroe a la fuerza”, de su libro “Bajo la tienda”, y la define en aguafuerte:

“...tela que tejen con las nieblas del mar las brujas que extravían y enloquecen a los caminantes, aun a la luz plena del sol”.

“Camanchaca”, ¿deriva de camanchaco? Los camanchacos fueron los primitivos habitantes de la costa del Desierto de Atacama. Se cree que provinieron o de la altiplanicie de los Andes, o del Perú. Por comodidad, o defecto de pronunciación, su nombre quedó en “changos”. Philippi, en su exploración, opinó que no restarían más de quinientos. Los hombres eran pescadores y mineros, las mujeres, pastoras de cabras. Ignoraban el matrimonio, cuando Philippi les trató. Los hijos permanecían con sus madres, hasta la edad de trabajar. El sabio reparó en sus balsas, calificándolas de “muy particulares”. Pensamos que “camanchaca” significó una particularidad del suelo de los camanchacos.

III. EL EMPAMPADO

Cuenta Alberto Sawa que los extranjeros que viven, un tiempo, en París, absorben allí, un efluvio misterioso -la parisina-, que no les permite olvidar nunca a esta ciudad. La parisina les persigue, implacablemente, obligándoles al retorno. La pampa, a su vez, levanta una secreta fuerza de atracción que ata al hombre a sus dominios. Este fenómeno es el "empampamiento" y su víctima, el "empampado", un chileno singular.

Por su influjo profundo, quien sufre "empampamiento" clausura sus ojos, se ciega a los confines. Únicamente, allá, en medio de huellas y abandonos, goza el "empampado" el hogar y el pan de la alegría.

La pampa vibra en soledad. El cielo despliega su nitidez. Pasan las nubes, como hilachas de horizonte. Los cerros se estrechan contra las distancias. Caminos perdidos rayan la tierra. De repente, a lo lejos, la armazón de los espejismos ilumina su propia mentira. A la vista, la pampa no contiene agrados. ¿Qué embrujo arranca, entonces, de sus arenas y extensiones, para que los hombres que la viven se dobleguen a ella, rehusando ciudades y tentación de ciudades? Es la sierpe de mordedura feroz, su llaga no cicatriza jamás:

*"Yo "quero" "güena" mortaja:
un saquito de salitre,
ni los gusanos ni el "güitre"
me comerán en la caja".*

Algunos creen librarse de este envenenamiento de infinito pampino, huyendo de las "oficinas" de su labor, para refugiarse en los verdores del Sur. No demora en principiar a consumirles una fiebre desconocida, que les calienta los recuerdos. Sólo un remedio les calma: el regreso:

*"Me vine p'al Sur cantando,
buscaba un campo con flores
y "agora "güeroo" llorando
al Norte de mis amores".*

Nuestra abuelita Delfina, la minera, narra este caso de "empampado": un "tiro" desgraciado convirtió a un calichero en lamentable ruina. Una cama de hospital fue su nueva cuna...si es que hubo una primera que lo entibiara. Dado de alta, varios meses después, pasó a despedirse de los médicos que lo rehicieron. El más curioso por conocer qué rumbos tomaría este emisario del horror, le preguntó:

-¿Tienes ya el pasaje para el Sur...?

El pampino se ofendió:

-¿"Dirme" yo al Sur, habiendo tanta pampa...?
¡Ni loco, "pus", doctor, ni loco!

Víctor Domingo Silva refiere algo parecido, en "La Pampa Trágica". Es el episodio de Hipólito Pizarro: perdido y sediento, al marchar de una "oficina" a otra, cae exhausto cerca de un poste del Telégrafo. Pizarro comprende que éste es su presa, inquieta por el accidente, enviará cuadrillas para reparar la molestia, ¡alguna lo encontrará! Arrastrándose, arrastrándose comienza la tarea; con ayuda de su cuchillo, escarba,

desesperadamente, derribando el poste. Se le ubica y se le trae al hospital del puerto. Al ser interrogado por el juez, Hipólito Pizarro no niega la gravedad de su falta, pero, desliza al magistrado una racha de lógica vital inobjetable:

-“Yo no quisiera ver a S.S. en el percance que a mí me llevó a la fatalidad... Me parece que S.S. no se dejaría morir por no echar un poste abajo o no romper un alambre...”

Fue absuelto. Un periodista antofagastino le entrevistó:

-“Y ahora, hombre, ¿qué vas a hacer? ¿a dónde te vas a ir?”

Y el roto, con una sonrisa fatalista de hombre que ha aceptado valientemente su dote en esta vida de miseria, le respondió:

-¿Y a ónde hey d’irme, patrón? A la pampa...”

En nuestras letras, “El taita de la “oficina” de Carlos Pezoa Véliz, es el gran “empampado”. Posiblemente, este cuadro corresponde al libro que el poeta de “Alma Chilena” pensó dedicar al Norte (“Tierra Bravía”), en su viaje a las salitreras, durante 1905, como corresponsal de “La Voz del Pueblo”, un periódico obrero de Valparaíso. “El taita de la ‘oficina’ las había echado” al norte por unos cuantos meses no más”. Procedía de Nancagua:

“Quería juntar unos ‘cobrecitos’, comprar un ‘peazo’ e tierra pa tener en qué caerse muerto” y llevar donde el cura de Nancagua a la morena “colorá” que “palabrió” en la trilla de don Bacho Reyes...

-Por unos cuantos meses no más...

Anduvo corto en el cálculo, porque hace ya cuarenta años que no ve a la morena “colorá” ni al

rancho de Nancagua, donde vio transcurrir, plácidamente, los olvidados días de su infancia”

Sin nombre ni futuro, “El taita de la ‘oficina’” encarna al “roto” aventurero que pretende rápidos provechos de la pampa y concluye humillándosele, “para no volver más” a ningún camino. Aquí, renace el hombre “de pelo en pecho”: remuele, un mes entero, con “niñas” taltalinas; por cuestión de faldas, “había dado tres “rebanás” en el abdomen del amigo no amigo”; conoce “al dedillo todas las labores salitreras”. Por espacio de cuarenta años, anda y reanda la pampa:

“El día que se aburriera, no había más que sentarse en la boca del tiro y encender la mecha. El dinamitazo lo elevaría, seguramente, a la gloria de Dios Hijo y too lo demás”.

La conformidad del “empampado” luce, melancólicamente, en el concepto que guarda de la vida, “una payasá”, y en la resignación que cierra su monólogo de evocaciones: “Ahora ya se acabó too...” Delante no le restan sino las huellas de la miseria, de la vejez y de la muerte:

“Le toleraban los patrones porque en cierto modo era el depositario de las tradiciones pampinas”.

Pezoa Véliz no se contenta con este lado de la medalla: comprende que junto al “empampado” se alza una segunda imagen de criatura pampina, su reverso: el “anti-empampado”. Los fija en su poema “De Vuelta de la Pampa”. Pedro Ureta, el personaje, consigue su propósito de lucro: cinco años de calicheras bastan para acopiar el capital suficiente, que permita realidad a su esperanza:

*“quiso conquistar dinero
y aferrarse a vida seria;*

*odiaba a ese aventurero
que hedía en el mundo entero
con su vicio y su miseria...".*

Ureta plantea la excepción. No abre ni los ojos ni el corazón al hechizo telúrico del desierto. Es una mano ambiciosa, acumulando "chauchas" y pesos:

*"mañana vendrá el lastrero
que sale al sol de Calama,
él será en partir primero:
irán con él su dinero,
su brazo fuerte, su fama".*

El fin le sonríe en la campiña lejana. De la pampa sale "casi como un caballero-próximo a patrón de chacra". Pedro "aumentará esta raza - de los rústicos Ureta", ufanándose de su éxito sobre esa tierra " que esconde el salitre":

*"la pampa era un sacrificio
y era también la victoria".*

En "Chile, o una Loca Geografía", Benjamín Subercaseaux enfoca, así, la opresión de la pampa, que suele, frecuentemente, no influir en las mujeres:

"...la pampa los coge en un abrazo tremendo...El hombre, que debería huir, se queda... Hay un mundo fuera del mundo que lo atrae como un torbellino de silencio... Las mujeres se hastían... Muchas regresan... Los hombres se quedan 'para mandarles dinero'...El desierto es igual que el mar, es para los hombres algo que los atrae más allá de la vida..."

La nostalgia define al chileno. Francisco Contreras la identifica con la luna.

*“Luna de la Patria, luna
única, lánguida, grata,
cuya luz bendita es una
polvareda azul de plata”.*

El chileno “se apensiona”, “se agaucha”. El chileno del Norte se “empampa”, esto es, decide su existencia a nivel de los “rajos”. El desierto resulta la más extraña de las cárceles: aunque carece de barrotes, las fugas no son posible. Los grillos pesan por dentro.

FRAGMENTOS DEL GUITARRON DE TAGUADA EL MULATO TAGUADA

Lleno de música pobre, atusándose el bigote de choclo, iba el Mulato Taguada, arrastrando su guitarrón, de chingana en chingana. Era el payador victorioso, pidén bravío al que no vencía ningún cantor de oficio. Su fama andaba por los pueblos. Al de don Javier de la Rosa llegó también. Don Javier quiso probar si era verdad que a Taguada la poesía le fluía rápida y generosa. Fue a buscarlo en sus canchas. El duelo se concertó al momento. Floreciendo en sí, Taguada se presentó:

*“Sépallo desde el principio,
pues le conviene saber:
de todos los payadores
en mi tierra soy el rey”.*

Don Javier no demoró sus credenciales:

*“Yo soy Javier de la Rosa,
el que llevó la opinión
en Italia, en Inglaterra,
en Francia y en Aragón”.*

La tarde se estaba formando en el seno de los copihues cuando comenzó la contienda. Taguada sonreía, seguro de su frente. Don Javier punteaba con dedos triunfales. Vinieron la noche y la medianoche y la madrugada. Los payadores no cedían. Con el sol llegó la derrota del Mulato. Don Javier le arrolló en gracia y en razones. Taguada calló. Besando su guitarrón, escapó, en seguida, para esconder su

vergüenza, ¡ya no era digno de su oro viril! Luego se mató. No por soberbia. Se mató por penas de poesía.

TAGUADA EL MAULINO

*Yo soy Taguada el Maulino:
en Tagua Tagua conocen
cómo saltan mis bemoles
y me corean los ríos*

*No me asustan los de oficio
ni los nacidos en corte.
Mi guitarrón es un bosque,
de enero a enero, florido.*

*Por la cama no me aflijo:
me gano el pan, como un hombre.
No hay zorzal que me deshonre,
pues canto lo que yo vivo.*

*Con mil payas por estribos
y la copa hasta los bordes,
renuelo y canto por doce:
yo soy Taguada el Maulino!*

CEFERINO TRUEBA
Siglo XVIII

*Soñando tibias caderas
de cachorritas chilenas,
en sus guitarras se empeña
el viejo gallego Trueba.*

*Sobre las ásperas tejas
de Santiago por la siesta,
raja un sol de siete suelas
su gordo portamonedas.*

*Si es astillero mi diestra,
mis guitarras son goletas,
¡en aguas de zamacueca
ningún turbión las da vuelta!*

*Como un árbol se desvela,
cuando sus cajas comienza:
una guitarra de cepa
tiene el fuero de la Tierra.*

EL CUENTERO

*A la Ciudad de los Tontos,
llegué cubierto de harapos,
en busca de algún trabajo,
porque el hambre era mi socio.*

*La "catarata del ojo"
me la compró un hacendado,
vendí peineta a los calvos
y "voz de trueno" a los roncós.*

*Un "pie de cueca" a los cojos
recetaba, sin empacho,
ofreciendo, como un sabio,
combatir "el mal del tordo".*

*De la Ciudad de los Tontos
traje mis buenos morlacos
y traje para cuidarlos
la carabina de Ambrosio!*

FRAGMENTOS DE "CHILE, FÉRTIL PROVINCIA"

LOS TEJEDORES DE REDES

Caleta de los Pescadores, en Antofagasta

*Este es el rudo mar del Norte, el que acaricia
la soledad de sus desiertos.*

*Los tejedores de redes están junto a él, las
piernas como rieles perdidos en la arena.*

Sus manos llevan un ruido seco, de madera presurosa.

*Las redes tiemblan lo mismo que una marea siniestra
detenida, ahí, para el ojo del cielo*

Dialogan los hombres y sus redes.

*El golpe de las agujas impide oír lo que se dicen:
¡quién pudiera escuchar!*

¡Ellas se saben, de memoria, el mar!

COBIJA

Tal vez ninguno de los niños que me leen haya oído este nombre: Cobija. Así, se llama un puerto norteño en que los únicos habitantes son los vientos que danzan y corren, felices, por sus calles desocupadas. ¿Desocupadas por qué razón? Pues, por la más simple porque, desde 1877, no vive nadie en este puerto. Lo fundó Simón Bolívar, en 1825, para dar un seno de mar a Bolivia, y, entonces, se llamó Lamar, en gloria del mariscal José Lamar, soldado grande de Ayacucho. Cobija enanchó su corazón con la música de los vapores con ruedas, aprendió a sonreír en los labios de las jóvenes que embriagan a las noches con sus perfumes, y conoció esa especie de nube enredada en dos mástiles que es el signo \$. Después, una epidemia entristeció todas sus ventanas, y, por último, fue el mar el que decretó su destino de soledad.

MEJILLONES

Mejillones es un puerto que cabría en la página de un libro.

El sol lo cubre con su capa de monarca y las gaviotas son su diadema.

Mejillones está habitado por simples pescadores que juzgan la ventura por el sonido de las olas... Son varones cuya gran fortuna se reduce a dos puños semejantes al cuarzo, y a una red que la mar besa y devuelve plateada de pejerreyes.

Mejillones carece de monumentos y de historia. Pero sus pejerreyes, verdaderos puñales marinos, lo colman de un prestigio admirable. En ellos parece que el océano concentrase sus más exquisitas substancias. Yo digo: MEJILLONES, y surgen finos pejerreyes, pejerreyes que coinciden con las hojas del árbol de la infancia.

CRÓNICAS DE ANDRÉS SABELLA

SOÑABA SUS LÁGRIMAS...

Aída Moreno Lagos preparó su corazón para las grandes congojas. Fue su poesía el movimiento de una golondrina ciega, chocando contra el tiempo, destrozado por los besos que nunca la colmaron. Una lejana llaga entenebrecía sus labios. Parecía vivir amarrada a la silla de los desesperados:

*“Tengo sed, madre mía. Estoy cansada.
Me hace falta beber en la cisterna
de tu piel blanca.”*

Acostumbrada a la soledad, hablaba como temerosa que los pájaros la oyeran. Soñaba sus lágrimas. Parecía buscar un parque donde levantar la estatua a su tristeza:

*“Pasé mis manos por su sien dolida
y me quedó una estrella suspendida
entre los dedos... Bajo suavemente
por la empinada y áspera pendiente
con mi estrella encendida...
¡Estoy cavando con su luz mi herida!*

Hermana de los crepúsculos, trabajaba con la desesperación de quien escapa perseguido por fieras, sólo visibles para su angustia. En 1925, con estudio de Raquel Sáenz, publicó, en Montevideo, su única obra. *“Dolidamente”*. Es un libro medido en sangre.

“En el meditar doliente de la tarde que se va, hay algo triste y silente que no está”.

La unía a Gabriela la misma trizadura de alma, el lenguaje de los ríos que no alcanzarán a confundirse con el mar. ¡Un hombre! Con su honda mirada de águila en descielo iba, por la tierra, inquiriendo ternuras, rastreando la dicha. Una tarde de llovizna, nos hallamos, vagando, por calle Bandera. Ardían los avisos luminosos de los bares, resonaban las músicas, vibraban las gentes:

-¡Aída!

El grito se perdió en la sombra. Aída no lo escuchó, o no quiso escucharlo: ¿cómo interrumpir el monólogo que desvelaba y desorientaba? En él maduraban la sangre y el cántico, su día y su noche no eran sino aquel monólogo que terminó por convertirla, más que en voz, en el espíritu de una voz:

"...Lloremos..."

(Alguien corrige en el silencio: ¡Oremos!")

Sintiendo el tiempo de su juventud, fue un corazón para los pobres. No se conformó con enseñar, como normalista, sino que avanzó para enseñar, limpiamente, como artista. Nacida, como José Domingo Gómez Rojas, en 1896, poseían idéntico metal de entrañas:

*"Con nobles harapos atas tu bandera
y clavas tu mástil en la adversidad".*

En su poema "El puente", cabe la ansiedad más honda: únicamente deseaba ser "un nudo que se siente deshacer", atadura de claridades y bellezas: el puente hasta el que llegó su vida no cruzaba encima del "agua transparente". Cruzaba encima de sus lágrimas:

“...yo soy como una cosa
que naufraga en la corriente”.

Lágrimas y vino. Nuevamente, en calle Bandera,
por la tarde. Es el otoño de 1943. Aída murió en
diciembre de ese año. Viste una blusa blanca.
Hablamos. ¿De qué? Distraídamente, miro su pechera.
Recuerdo una pequeña rosa morada, la primera flor
de su muerte.

PABLO POESÍA

Baudelaire clamaba por lo que debe desvelar y desgarrar a un poeta: "Lo Nuevo". Detrás de cada palabra, principian las costas de "lo Nuevo" y hemos de arriesgarnos, sin salvavidas, por nadar, únicamente, a estas playas donde nos aguardan las verdaderas delicias de la creación. Neruda venía de "lo Nuevo" y volvía a sus arenas. Este braceo de inmensidades fue su ejercicio matinal, su gimnasia para doblegar la ola y esquivar las resacas de lo neblinoso, de lo superfluo y de lo vano, ¡cincuenta años de entrenarse, sin exceptuar ni los días festivos, para "desatar la oscura ebriedad" de su alma!

*"Vinieron las palabras y mi corazón,
incontenible, como un amanecer,
se rompió en las palabras y se apegó a su vuelo".*

Con Neruda nació el relámpago maestro, desdeñando añejeces rítmicas, iluminando faces ignoradas de la imagen, descubriéndole nuevos rostros a la palabra humana. Cuando comenzó a escribir, debieron rajarse las túnicas de las señoras y las señoritas musas y apagarse los postreros y vacilantes velones que aún agonizaban en los versos. Agilísimo de fantasía, descendió a los orígenes para sobresaltar elementos y embriavecer raíces:

*"apaciento bosques
de secretas maderas inconclusas,
y ando entre húmedas fibras arrancadas
al vivo ser de substancia y silencio".*

Reveló Neruda su ansiedad de hombre –“amigo, llévate lo que quieras”– y unió su generosidad a la solidaridad, cuando en *Maestranzas de noche* pensó en el sollozo de *“las almas de los obreros muertos”*. Al ser incendiada y asediada la República Española, contempló su torno palpitante, *“la sangre por las calles”*, y no vaciló ya en definirse por *“las almas de los obreros vivos”*. Brotó en su genio el relámpago condenador de Heine, el de *“los tejedores de Silesia”*, en un movimiento de fuego.

*“veo lo que viene y lo que nace,
los dolores que fueron derrotados...,
el pan y la justicia repartiéndose
como el sol se reparte en el verano”*.

Jacques Roumain imaginó la poesía, como un fusil. Neruda la fortaleció: de poeta crepuscular ascendió a poeta del día pleno. “Se casó con la Patria”, ofreció sus bizarrías a Bolívar nutriéndose de la tierra americana. Abrazó al pueblo y jugó con el volantín y la gaviota. Aprendió a sonreír, olvidado del poeta *“ceñido y fruncido, / funeral y ceremonioso”*. *“Propagar la alegría”* fue su tarea:

*“Contigo por el mundo.
Con mi canto.
Con el vuelo entreabierto
de la estrella,
y con el regocijo
de la espuma.
Voy a cumplir con todos
porque debo
a todos mi alegría”*.

Neruda se apropió del nuevo universo, en una insobornable pasión terrestre, lealísimo a esta tierra de todos, porque no quiso, a ningún precio de tentaciones, *“cambiar de planeta”*. Para disfrutarle en sus dones y para que los demás gozasen, extrajo, sílaba a sílaba el fuero mágico de sus palabras. Obrero del amor: eso fue:

*“Vamos
a contener la muerte”*.

Amor en regazo de mujer y en surcos para abrirse en ellos *“entregar semillas de pan”* a todas las bocas para que el hombre complete sus sonrisas. Para aquel día que, también, impacientaba a Vallejo, (*“Y cuándo nos veremos con los demás, al borde / de una mañana eterna, desayunados todos”*), trabajó Neruda, con su oratoria de aguas fundamentales lluvia y mar, seguro que Juan Cortapedras, Juan Comefrío y Juan Piesdescalzos cantarán sentados a la mesa de Pablo Poesía.

LINTERNA DE PAPEL

BOHEMIA UNIVERSITARIA

Llegué a la Universidad de Chile, en 1935, decidido a cumplir con lo que pedía Ernest Toller: cambiarle el "traje sucio" que la vida lleva aún. Llegué, ufano de mi chambergo. A poco de las primeras conversaciones, León Yulis decidió bautizarme: "Cowboy de la revolución". El sombrero no tardó en sucumbir, en alguna parte...

No fue el único apodo de León: Joaquín Calderón Barra, Presidente del Centro de Derecho, (fallecido recientemente), sufría la obsesión del comité. Para cuanto problema surgía en su mandato, entonándose en autoridad, decía, como quien propone la solución ideal:

-Este asunto requiere un comité que lo estudie...

Naturalmente, fue, para siempre, don Comité Calderón. Sonaba a francés el nombrecito. Esto lo conformaba por la pérdida del Joaquín bautismal.

En el viejo "Zum-Rhein", nos reuníamos los más "suelos", después de las clases y reuniones de las tardes, "haciendo fuerzas" para el pago de las botellas de vino que, silenciosamente, decidían aprender ideas renovadoras junto a nosotros...

Más adelante, avanzamos "Bandera" abajo y el Barrio Chino se abrió para nuestra inquietud. Fuimos parroquianos del "Hércules", porque ahí, Neruda y sus amigos tuvieron, por devoción, su cuartel general de bohemia. Vi al poeta Antonio Rocco del Campo que, de vez en cuando, era estudiante de Leyes, comer como nadie, con tanta fruición, los tallarines de amanecer.

No una, sino en tres o cuatro ocasiones me

arriesgué a “pasar lista” en la noche, antes de rendir un examen, a la mañana siguiente:

-Te echas una ducha encima y estarás listo para que la comisión te felicite...- me alentaban los entusiastas. El agua me dejaba casi en condiciones de combatir contra “las 3 negras”. Cuando en septiembre de 1936, rendí Historia General del Derecho, me senté ante la comisión, con un sueño feroz. La “gracia” nocturna me cerraba los ojos. Me preguntó don Aníbal Bascuñán:

-¿Qué es para usted, la vida?

(¿Quién me “sopló” la respuesta?)

-Un caminar por el Tiempo, dejando huellas en el Espacio. Tiempo, Espacio. Don Carlos Vergara Bravo, de quien sería, luego, su ayudante en Derecho del Trabajo, saltó, con un:

-¡Muy bien! Bella definición de poeta. Creo que por ella el alumno merece una distinción.

Don Aníbal no se opuso. Ni el tercer integrante de la comisión, don Alfredo Gaete Berríos. Salí a la calle, con la papeleta enaltecida. No me fui a dormir. Busqué a Juanito Sandoval Oliva, uno de los compañeros de horas antes, para celebrar “la colorada”. La celebración duró hasta diciembre, cuando, apuradísimo, debí continuar “calentando” exámenes.

“El Mercurio”, Antofagasta, 21-XI-1979.

LA PRIMERA HUELGA

La primera huelga que *viví* comenzó en el filo de una vieja navaja: en la que tío Antonio usaba para su afeitadora cotidiana.

Confiado a mis parientes, por muerte de mi madre, pasé a casa de Abuelita Delfina, donde las cosas y hasta las palabras conservaban como una capa de polvillo copiapino.

Aunque la abuela existía con el rosario sobre los labios, los tíos alardeaban de buenos radicales. Era la herencia política de Abuelito Antonio, quien, al emigrar de Copiapó al Norte, venía más provisto de ideales que de reales.

Tío Antonio, el mayorazgo, practicaba un radicalismo de voto, no de asamblea. Hombre cauto, lector sin tregua y pequeño elegante, prefería conversar a discutir, abrir libros y no los brazos trémulos en medio de los desfiles.

Ocupaba yo el último sitio en importancia familiar. Tío Antonio pensó que debía instruirme en algo que no podrían mis tías y decidió que, mañana a mañana, lo acompañara en su pieza, mientras procedía al ceremonial de afeitarse.

Los preparativos conmovían mi impaciencia : tío Antonio actuaba pausadamente, moviendo el asentador, pasando por su cuero los filos agresivos. Después, blanqueaba la espuma del jabón y se iniciaba esa verdadera prueba de pulso.

Pero mi asistencia no se reducía a mirarlo solamente, sino que, además, a escucharlo. Tío Antonio amaba la poesía y secretamente memorizaba los poemas que lograban henchirlo de goces. De pase a pase de la navaja, le oía:

*"Con diez cañones por banda, / viento en popa,
a toda vela, / no corta el mar, sino vuela / un
velero bergantín..."*

Un día, adoptando cierta actitud solemne, me dijo, acomodándome sobre una caja grandota que guardaba para depositar, allí, los libros "peligrosos" :

-Ponga atención, como nunca. Piense con el poeta...- y empezaron sus palabras:

"-Jueces, la narración ha de ser breve. La huelga los herreros declararon..."

El poema de Francois Coppée enrojeció mis nueve años. Tío Antonio recitaba, olvidado de afeitarse:

*"Bastante hemos sufrido los de abajo! / haré
cuanto a mis buenos camaradas / les pueda ser de
utilidad. / ¡Ya no podemos más! ¡esto no es vida!"*

Tío Antonio desarrollaba el drama del herrero anciano y los términos crueles- *hambre, mendrugo*- oscurecían mi alegría. Tocaba el final desgarrado:

"-¿Cárcel? ¿Cadena? ¡Bah! ¡La vida es corta!"

Concluido el poema, aventuré una pregunta:

-¿Qué es una huelga?

Tío Antonio no vaciló:

-Una herramienta de lucha de los trabajadores.

La de San Gregorio sangraba todavía en Antofagasta. Más tarde, en la Universidad, fui huelguista, en varias ocasiones. En todas, codo a codo, iba conmigo el herrero de Coppée.

"Hoy" N° 209. Stgo. 22-VII-1981.

ELEGÍA POR LAS COSAS

Reparemos en la belleza doliente de las cosas, "las fronteras del hombre", que enseñaba Goethe. Llaves que sólo sirven para ceder puertas a la Muerte; cintas arrugadas, como un mal recuerdo, doradas tarjetas y cartas donde la palabra *amor* se lee, dificultosamente, casi borrada por los desengaños.

Amo las cosas perdidas, mis hermanas: aquel tintero al que la abuela robó azules para su nostalgia; la sombrilla; gloria de un domingo remoto, que ofrecía la rosa de un mágico idilio a la tía buenamoza. Hermanas de mi cortaplumas, brillando junto a las frutas de los veranos de mi infancia, cuando la risa de las sandías enrojecía el comedor familiar; de la palmatoria nevada por la esperma; del catalejos que nadie se atrevía a disfrutar en casa, porque temía divisar las costas de un reino desconocido.

Hermanas del cofre de concheperla, del calendario desgarrado, herido en una fecha brumosa, del relicario celoso en la guarda del rostro de una niña que mira, distraídamente, la distancia de un imposible.

Hermanas de los anillos ya sin dedos para cerrar y encerrar la felicidad; de las flores disecadas, cuyo perfume aromó el último ocaso de un noviazgo; la brújula desorientada en el olvido.

Azorín pedía un vidente para "el alma de las cosas": para camafeo, como una gota de sangre; para el florero de cartón; para la silla coja, capaz de soportar, únicamente, el peso de un fantasma; para el *pendentif* centellante; para el aro solo; para los zapatitos de niño que no recibieron la condecoración de sol de los caminos; para el libro marcado en una página quemada

por la melancolía; para el naípe sin el as de la ventura.

¡Ah, mi queridísima familia de mandolinas mudas y lunas de yeso! Mi familia de cristales rotos, de lápices empequeñecidos, de larguísimos alfileres, de lámparas cegadas por el desamparo.

Amo los artefactos abandonados en casas de compra-ventas, las del aire predilecto de la tristeza: sombreros para los paseantes de la miseria, dentaduras hambrientas, alfombras empolvadas por las sombras, muletas que ignoran cómo se apoyan las desgracias, anafes que no calentarán ninguna sopa de amanecida, espejos en los que se espían las horas, fonógrafos detenidos en su ronquera, peinetas con el pelo de la ruina, en medio de sus dientes; piernas ortopédicas, como el péndulo del absurdo, relojes dormidos, juguetes para el hijo que nació, tijeras abiertas en la X del extravío.

Neruda encrespa su canto, solidarizando con:

*“tantas cosas inútiles
que nadie rompe
pero se rompieron”.*

Los mínimos objetos eslabonan mi linaje. Los mínimos objetos -el pañuelo de batista, la caja de fósforos de China, los anteojos que sobraron al abuelo-les forman abolengo a mis cales y a mis males.

Dolidas, menesterosas, diminutas, las cosas gozaron del favor de San Francisco. Gabriela Mistral lo glorificaba, porque Francisco sabía “nombrarlas donosamente”:

“... tenías don de selección y don de elogio. Tú amaste aquellas cosas que son las mejores: caminando por la tierra

todo lo conociste, pero elegías las criaturas más bellas. Y, además del don del largo amor, que es el más rico de cuanto podemos recibir, te fue dada la gracia de saber nombrarlas donosamente”.

¿Y qué es el corazón, esta máquina a la que Flaubert atribuía las fuerzas de una riqueza?

Apenas una cosa, una cosilla miserable que terminará hundida, silenciosamente, en tierra de cementerio.

BIBLIOGRAFÍA

Aldunate Phillips, Arturo: "Algo del Hablar Literario de Chile". Ed. Nascimento. Santiago, 1984. (pp. 129-136)

Céspedes, Mario y Garreaud, Lelia: "Gran Diccionario de Chile". (Biográfico-Cultural). Ed. Alfa, Santiago, 1988 (II tomo, p. 682).

Correa, Carlos R.: "Poetas Chilenos del Siglo XX". (tomo I), Santiago, Ed. Zig-Zag, 1972. (pp. 274-276).

Cruchaga de Walker, Rosa: "A las Puertas del Alba". "Las Últimas Noticias", Santiago, 5-IX-1988.

Ferrero, Mario: "Escritores A Trasluz". Ed. Universitaria. Santiago, 1971 (pp. 64-70)

García-Díaz, Eugenio: "El Libro, una Fascinante Aventura". Zona Azul, Santiago, 2001 (pp. 54-58).

Massone, Juan Antonio: "Andrés Sabella, La Inolvidable Poesía". Revista HOY, Santiago, 1-II-1978.

Merino Reyes, Luis: Epitafios y Laureles. Arancibia Hnos. Santiago, 1994 pp.121-124).

Morgado, Benjamín: "Poetas de mi Tiempo". Santiago, 1961 (pp.111-117).

Ostria, Mauricio: "Escritos de Varia Lección". Ed. Sur, Concepción, 1988 (pp. 146-160)

Oviedo Cavada, Carlos: "Andrés Sabella, Amigo y Creyente". "El Mercurio". Antofagasta- Calama, 28-III-1990.

Pinto, Marco Antonio: "Andrés Sabella, Poeta de la Soledad y la Gaviota". "El Mercurio", Antofagasta, 13-IX-1989.

Quezada, Jaime: "Evocación de Andrés Sabella". "El Diario Austral". Tribuna. Valdivia, 3-IX-1989.

Rafide, Matías: "A las Puertas del Alba". "La Prensa", Curicó, 15-VI-1988.

Rafide, Matías: "Escritores Chilenos de Origen Árabe". Instituto Chileno-Árabe de Cultura, Santiago, 1989 (pp. 87-110).

Rojas, Luis Emilio: "Biografía Cultural de Chile". Santiago, 1988 (pp. 283 - 285).

Santana, Francisco: "La Nueva Generación de Prosistas Chilenos", Ed. Nascimento, Santiago, 1949.

Santana, Francisco: "Evolución de la Poesía Chilena". Ed. Nascimento, Santiago, 1976 (pp, 228 - 230).

COLECCIÓN "CUADERNOS DEL CENTENARIO" DE LA
ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

- Fernando Durán V. : "Pedro Lira Urquieta"
 Alfredo Matus O. : "Homenaje a Rodolfo Oroz"
 Erwin Haverbeck O. : "Fernando Santiván"
 Hugo Montes B. : "Pablo Neruda"
 Hernán Poblete Varas : "Luis Oyarzún Peña"
 Matías Rafide B. : "Francisco Donoso"
 Sergio Hernández : "Ricardo A. Latcham"
 Hugo Montes B. : "René Silva Espejo"
 Fernando González-Urriar : "Rumia y llanto por Hernán
del Solar Aspillaga"
 Hugo Montes B. : "Evocación de Jaime Eyzaguirre"
 Erwin Haverbeck O. : "Sady Zañartu"
 Pedro Prado C. : "Cartas a Manuel Magallanes
Moure"
 Roque Esteban Scarpa : "José Antonio Soffia"
 Alfonso Calderón S. : "Don Adolfo Valderrama"
 Hernán Poblete Varas : "Egidio Poblete: correspon-
dencia en torno a la Eneida"
 Alfonso Calderón S. : "Don Augusto Orrego Luco"
 Rodolfo Oroz S. : "Los animales en la poesía de
Gabriela Mistral"
 Academia Chilena : Su Santidad Juan Pablo II,
miembro de honor".

COLECCIÓN HOMENAJE DE LA ACADEMIA
CHILENA DE LA LENGUA

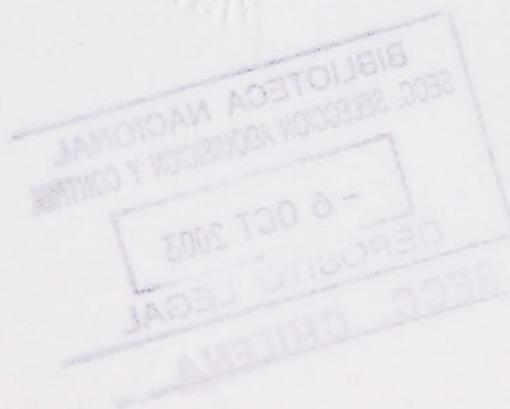
1. Instituto de Chile: *Homenaje a Rodolfo Oroz Scheibe*, 1995.
(Con motivo del centésimo aniversario de su nacimiento).
2. Hernán Poblete Varas (Editor): *Homenaje a Monseñor Fidel Araneda Bravo*, 1997
3. Marianne Peronard (Editora): *Los medios de comunicación de la cultura del idioma*, 1997.
4. Juan Antonio Massone del C.: *Homenaje a Roque Esteban Scarpa, escritor y maestro de humanidades*.
(Coedición con Universidad de Magallanes, volumen extraordinario), 1999.
5. Juan Antonio Massone del C.: *Homenaje a Oreste Plath, una viuda dedicada a Chile*.
(Coedición con Universidad de Talca, volumen extraordinario), 2001.
6. Juan Antonio Massone del C. (Editor): *Homenaje a Martín Panero Mancebo*, 2001.

COLECCIÓN LITERATURA

1. Juan Antonio Massone del C.: *Fernando Durán Villarreal*, 2000.
2. Juan Antonio Massone del C.: *Eugenio Orrego Vicuña*, 2000.
3. Fernando Durán Villarreal: *Don Agustín Edwards Mac-Clure*, 2003.
4. Matías Rafide Batarce: *Andrés Sabella Galvez*, 2003.

COLECCIÓN ESTUDIOS IDIOMÁTICOS

1. Nelson Cartagena: *Apuntes para la historia del español en Chile*, 2002.



Colectores de palabras y frases
CHILENA DE LA LENGUA

El autor de esta obra es el Sr. Nelson
Instituto de Chile. Homenaje a don...

(Con motivo del centenario de...

Hernán Pablos Varela

Moisés Fiel Amador

Mariano Peraza

Comunicación

Juan Antonio

...

INSTITUTO NACIONAL DE LINGÜÍSTICA Y ETNOLOGÍA
CHILE
DIRECCIÓN NACIONAL DE LINGÜÍSTICA Y ETNOLOGÍA

BIBLIOTECA NACIONAL

SECC. SELECCION ADQUISICION Y CONTROL

- 6 OCT 2003

DEPOSITO LEGAL

SECC. CHILENA



